
10844
EL TEATRO
MODERNO
8
VICTOR HUGO
TORQUEMADA





Víctor Hugo

TORQUEMADA

DRAMA EN CINCO ACTOS

AÑO VII 2 - V - 1931 NÚM. 293

PERSONAJES

Torquemada, el rey Fernando, la reina Isabel, el marqués de Fuentel, don Sancho de Salinas, doña Rosa de Ortez, el Papa Alejandro VI, Francisco de Paula, el bufón Gucho, el obispo de la Seo de Urgel, el Prior, el Capellán del rey, Moisés Ben-Habid, el duque de Alava, un Ujier.

Frailes, soldados, pajes, judíos, penitentes blancos y negros.

PARTE I. - DEL MONJE AL PAPA

ACTO PRIMERO

EN EL IN PACE

Montañas fronterizas de Cataluña. Convento de Laterrán, perteneciente a la orden de los Agustinos y observantes de la regla de San Rufo. Camposanto del convento. Jardín inculto. Corre el mes de abril. Flores y sol. Cruces y tumbas entre el césped y debajo de los árboles. Terreno desigual. En el fondo, los muros que rodean el convento, muy elevados, pero en ruinas. Están resquebrajados y comunican con el campo. Cerca de uno de sus ángulos, una cruz de hierro sobre una tumba. Otra cruz muy alta con el triángulo místico dorado, sobre una escalinata que domina el cementerio.

Enfrente, al nivel del suelo, una abertura cuadrada rodeada de piedras. A su lado, una gran losa destinada a cerrar esta abertura, la cual permite ver los primeros peldaños de una angosta escalera que conduce al fondo de una tumba que acaba de abrirse. La losa está destinada a cerrarla.

Al levantarse el telón, el prior del convento, con su hábito de fraile agustino, se presenta en escena. Cruza por el foro, y en silencio, otro fraile viejo con el hábito de dominico. Este anda con lentitud, se postra de rodillas ante las cruces que halla a su paso y sale de escena. El prior queda solo.

ESCENA I

El *Prior* del convento; después *Un Hombre.*

(El Prior tiene ya algunos cabellos grises, barba canosa y hábito de paño. Examina la pared del convento y anda pensativo entre las tumbas.)

PRIOR ¡ Qué convento tan mal conservado ! Sólo hay en él espinas y zarzales. Ni siquiera respeta el tiempo los lugares más sagrados. Allí hay una brecha por donde pudiera escapar un novicio. Se diría que esta cerca se resiste a guardar el monasterio y que está cansada de seguir en pie tanto tiempo. ¡ Ay ! Se parece a nuestros privilegios, que se desmoronan lentamente. Tienen asimismo sus

espinas; tienen igualmente una brecha. El ramo divino se seca ya en nuestras manos. Los papas están hartos de luchar; los reyes se han posesionado de nuestras moradas; cruzan sobre nosotros negros y rapaces como las águilas del cielo. Ya no tenemos derechos, regias ni constituciones; descendemos cada día a una región más baja por miedo a las sacudidas del pueblo; no podemos ya dedicarnos a las intrigas de la corte ni a las ganancias del bandidaje. Los reyes nos hacen educar a los príncipes sus hijos, que no son tal vez más que bastardos, y obedecemos con humildad y modestia. *(Se detiene ante la boca del sepulcro.)* Si se realiza algún acto de justicia, siempre nos perjudica. *(Contemplando el muro.)* ¡Cómo se derrumba! Mana la sangre de Cristo, y nosotros, entretanto, nos vemos hundidos en la sombra, y sólo andamos a tientas! *(Por la brecha del muro entra un hombre envuelto en una capa, y el sombrero le oculta la frente hasta las cejas. Se detiene sobre un montón de ruinas. El Prior nota su llegada.)*

PRIOR Vete de ahí.

HOM. No quiero.

PRIOR Vete. No olvides que estás en un cementerio.

HOM. ¿Y qué?

PRIOR En un convento célebre.

HOM. ¡Bah!

PRIOR Hoy nadie lo frecuenta. Los monjes viven solos y no tienen más compañía que los muertos envueltos en sus sudarios. Para el que llega hasta aquí no existe la misericordia. No encuentra más que el hacha si es noble, la cuerda si es plebeyo. Sólo penetran aquí los familiares del convento. ¡Ten cuidado, guárdate! No te burles. *(El Hombre ríe con altanería.)* Es decir, a menos que seas el rey...

HOM. Lo soy.

PRIOR ¿Tú el rey?

HOM. Así me llaman.

PRIOR ¿Qué me lo prueba?

HOM. Esto. *(Hace una señal. Aparece en la brecha un*

grupo de soldados. El rey les indica al Prior.) ¡ Prended a ese hombre ! *(Los soldados entran por la brecha. Con ellos penetran el marqués de Fuentel y Gucho. El marqués de Fuentel es un hombre de barba gris y viste el hábito de la Orden de Alcántara. Gucho es un enano que viste de negro y llcva un sombrero adornado con campanillas. Tiene en sus manos dos muñecos: el uno es de oro y representa un hombre; el otro de cobre y representa una mujer.)*

ESCENA II

El *Prior*, el *Rey*, el *marqués de Fuentel*, *Gucho*, la escolta del *Rey*.

PRIOR *(Cayendo de rodillas.)* ¡ Perdón, señor !

REY Enhorabuena; pero con una condición. ¿Qué eres tú en el convento?

PRIOR Prior.

REY Pues escucha. Vas a informarme de cuanto en él está ocurriendo. Si mientes te espera la horca; si dices verdad, el perdón. *(Deja al Prior en medio de la escolta y se acerca al marqués de Fuentel, adelantando en la escena.)* Ante todo, marqués, recemos. *(Se quita la capa, la entrega a uno de sus criados, y aparace vestido con el hábito de la Orden de Alcántara y con un rosario en el cinto. Reza durante algún tiempo. Luego se vuelve hacia el marqués.)* La reina está lejos. ¡ Qué dicha la de hallarse solo ! ¡ Aunque mucho mejor fuera estar viudo. *(Lanza una carcajada.)*

GUCHO *(Sentado en tierra, con sus muñecos en brazos y acurucado en el hueco de un sepulcro.)* El universo llora.

REY *(Al Marqués.)* Como luego sabrás, tengo mis razones para visitar este convento. Aproxímate. *(Le hace una seña para que se vaya con él cerca del sepulcro, donde Gucho permanece acurrucado.)*

MARQ. Ya os escucho, señor.

GUCHO *(Aparte.)* Y yo oigo al viento que murmura de lo que hacéis.

REY *(Al Marqués.)* Quiero consultarte un secreto.

GUCHO *(Aparte.)* ¿Y a mí que me importa? Mientras yo coma y duerma...

MARQ. *(Al Rey.)* ¿Hay que echar de aquí a Gucho?

REY No; nada comprende. *(A Gucho.)* ¡Quieto ahí! *(Gucho se hace un ovillo y permanece oculto detrás del Rey. Este se acerca a Fuentel.)* Marqués, me gustan extraordinariamente las mujeres. Tú me places por tus infames costumbres. Si no las tienes, las has tenido. Ahora estás ya viejo y te has hecho devoto, lo cual no me disgusta. Al hombre le redime la fe y ella lava nuestras culpas. ¡Bendita sea! *(Hace la señal de la cruz.)*

MARQ. Este convento que vuestra majestad ha venido a inspeccionar depende de dos señores: el uno está en Cahors y el otro en Gante.

REY Tú pasas por hombre intrigante y, efectivamente, lo eres. Cuéntase que las mujeres hermosas cometieron por ti muchas locuras. Y, sin embargo, paréceme imposible que fueses en otro tiempo un paje bello y hermoso. Pero la primavera es riente; el invierno triste. Cuéntase una historia muy extraña acerca de un pajecillo de corte que, según dicen, eres tú. ¿No te llamaste Gornova?

MARQ. No. ¿Para qué debía usar ese nombre?

REY Para ocultar, por miedo o por astucia, el que realmente era tuyo, y dejar ignorados unos amoríos con cierta reina.

MARQ. ¡Ah! Señor, os engañaron.

REY Se me refirió la historia. Se trata en ella de un rey estúpido a quien diste un heredero; pero en esto no se está de acuerdo. Probablemente será algún cuento.

MARQ. Si así no fuese, yo lo contara. Todo lo debo a vuestra majestad. Vos me hicisteis conde, y ahora hay quien trata de perjudicar mi fama.

REY Enhorabuena. Pero, sea lo que se dice verdadero o falso, yo estoy muy por encima de las fantasías

del hombre. Nada me alcanza. Soy el rey. Tu origen, que arranca de los lacayos y aun de los bufones; tus comienzos bajos y tortuosos me convienen. Nadie en este mundo, ni tú mismo, puede asegurar quién fué su padre. Te admiro por la sagacidad con que ocultas tu origen y te presentas en público. El nido del cuervo, la cueva del basilisco son, quizá, para ti los puntos de partida de una existencia errante, baja, envilecida. Te hice conde, grande de España y marqués; es decir, te di infinitos honores y dignidades bien ganados y mal adquiridos. Nada tan sencillo como el obrar por astucia o por la fuerza. Tú lucharías a picotazos con todo un concilio, y hasta con el diablo; eres valiente y sutil. Y aunque naciste para arrastrarte, sabes desafiar la tempestad. Si conviniese empuñarías todavía la espada. Aconsejas el mal, pero no lo ejecutas; no eres inocente ni culpable de nada, y hasta te creo capaz de amar a alguien. Fuiste un criado bandido y un bandido cortesano. Yo gozo admirando tus habilidades, porque me gusta ver cómo serpentean las culebras. Tus planes, que concibes meditabunda y silenciosamente, y que son como hilos flotantes perdidos en las tinieblas de la noche; tu ingenio, tu talento, tu fortuna, el cieno en que te agitas, son para mí algo extraño, siinestro y extraordinario, que me gusta aprovecharlo.

MARQ. Señor, vos poseéis el Tajo, el Guadalquivir y el Ebro. Vuestra alteza reina en Castilla y en Nápoles, y ha derrotado al rey de Francia. El Africa teme a un monarca cuya sombra se prolonga a los rayos de un sol que se levanta en el Oriente y que se extenderá más allá de Argel. Nacisteis en Sos, cerca de Navarra, y tenéis derechos sobre ella; los conquistó vuestra cuna mientras estabais durmiendo, porque un monarca no nace jamás impunemente. Aunque rey católico, hollásteis con vuestra planta una iglesia donde fermenta el espíritu republicano. El papa tiembla ante vuestra alteza y las campanas de sus templos enmudecen. Vuestras banderas flotan al

aire desde el Etna hasta las playas índicas, y tenéis por capitán a Gonzalo de Córdoba. Vos solo os bastais para ganar las batallas. Joven aun, gobernáis los reyes como si fuerais su abuelo, y cuando enviáis un sacerdote a galeras, Roma no tiene bastante audacia para desahogar su coraje. ¡ Oh vencedor de Toro ! ¡ Oh rey ! Ante vos siento que mis palabras mueren en mis labios. ¡ Vos sois la suma grandeza ; yo la pequeñez miserable ! Disponed, señor, de vuestro humilde criado.

REY Mientes.

MARQ. Señor...

REY Evítame el aburrimiento que ocasiona un celo exagerado. Para ti yo soy un enigma ; tú para mí estás envuelto en la oscuridad. Ambos nos aborrecemos. A mí me carga el criado y tú detestas al rey. Me asesinarías si pudieses, y yo quizá algún día haga cortar tu cabeza. Y, sin embargo, parecemos dos buenos amigos. Evita las frases. vil cortesano. Tú me repugnas y yo te repugno. En mí está la sombra ; en tí se agitan los negros y siniestros deseos. Que cada uno guarde su abismo. *(El marqués hace un gesto en señal de protesta; pero el rey continúa.)* Nos comprendemos. Ambos tenemos una ventana negra por la cual miramos nuestros corazones siniestros. ¡ Tu amor !... ¡ Tu celo !... ¡ Ah, viejo traidor !... Me río de ellos, porque eso será hasta el día en que no puedas sacar oro de mi bolsillo ; mientras tu propio interés te acerce a mí, yo utilizaré tus consejos, que serán para mí más provechosos cuanto más malo seas tú. Quítate tu máscara y yo me quitaré la mía, porque es preferible eso. Yo no me atrevo a decirme la verdad a mí mismo ; pero la digo a los demás. Teniendo tantos pícaros por testigos de mis acciones, justo es que cuando menos gaste franqueza con ellos. Si otro rey no te habla este lenguaje, acudirá, por lo menos, a sus labios, y oyendo el mío tu vil admiración comprenderá que yo, siendo rey, soy hombre sincero, y que tú, siendo un lacayo, no eres más que un mentiroso. Ahora si quieres, hablaremos.

MARQ. Pero...

REY ¡Qué suplicio el de ser rey! Ser un hombre lleno de explosiones, de odios, de tumultos, ardiente, burlón, descreído, con un torbellino de pasiones rugiendo en los abismos del alma; ser una mezcla obscura de sangre, de fuego, de pólvora, de caprichos que se estrechan como los haces ígneos del rayo; querer probarlo, mancharlo y cogerlo todo; desear a una mujer, experimentar sed de placeres; no ver una doncella sin que estalle el corazón y sin que se sienta el deseo de poseerla; ser desde la cabeza a los pies una viviente masa de carne; agitarse en la noche de un vasto infierno; oír sin cesar una voz que grita: «¡Eres un fantasma! ¡ni siquiera eres rey!» ¡Sentir cómo una horrible amalgama de villas, ciudades y estados reemplazan vuestra voluntad, vuestro deseo, vuestros gustos, vuestros caprichos, y cómo las torres, las murallas, las provincias se anudan y retuercen en el fondo de vuestras entrañas! Decirse al contemplar el mapa: ¡Heme aquí! Tengo por pies Gerona y por cabeza Alcalá; ver crecer en el fondo del espíritu, cada día más pequeño y más ruin, un apetito que se agiganta como un imperio; sentir correr en el interior de uno mismo ríos formidables, mares tumultuosos; tener todo un mundo infiltrado en el alma; estar sujeto al dominio de mi mujer, de ese monstruo inmóvil; convertirme en esclavo de sus días, en galeote de sus noches; vivir poderosos y tristes uno junto al otro; notar frío a nuestro mutuo contacto; sentir que la mano de Dios ha colocado entre ella y yo obstáculos insuperables; ver que, por encima de Aragón, de Jaén, de Burgos, de los Algarbes, de León, de las dos Castillas se levantan dos mascarones, dos nudos formidables: el rey y la reina; ella que inspira el temor y yo que causo espanto a todo el mundo! Cierto que el oficio de rey es muy dulce. ¡Si el tirano no sintiese encima el peso de la tiranía!... ¡La reina y yo!... ¡Espiarse, fingir, ser dos palideces, dos silencios; no reír, no

llorar ; ver en ella a doña Urraca y en mí a don Alfonso ; ¡ el hombre de mármol cerca de la mujer de bronce !... Los pueblos, prosternados ante nosotros, nos adoran, y, mientras se nos adora, en voz baja nuestra conciencia nos dice que estamos malditos. El incienso sube vacilando hasta nosotros, y sus vapores envuelven dos ídolos : Isabel y Fernando. Nuestros solios gemelos confunden su luz ; nos percibimos el uno al otro de un modo tenue y confuso, y cuando hablamos parece que se abre la puerta del sepulcro. Todavía ignoro si está viva o muerta. Parece un cadáver con honores de déspota, y cuando el cetro junta nuestras manos, yo debo helarla. Dios une entonces la mano de una momia a la mano de un esqueleto. ¡ Y, sin embargo..., aún vivo ! Ese pomposo y negro fantasma no soy yo mismo. ¡ No ; cien veces no ! Por eso evito siempre la pesadumbre de esas inútiles grandezas, y a semejanza de un dragón que se aletarga al calor del sol, experimento al despertar la fatiga que la pesadilla ocasiona. Triste esclavo del trono, y ciego como la tempestad y como los ciclones, huyo de su majestad, extraviado y perdido. Queriendo sustraerme a yugo tan tirano, me revuelvo embriagado en los dominios del mal, y arrastrando mi regio manto me hundo en las profundidades de la orgía y del vicio. Me considero rey cautivo y mártir, y veo crecer mis concupiscencias y asomar mis garras ; la mujer con su pudor y el obispo con su báculo me exaltan y desesperan, y lo que en mí hierve, ya sea llama, ya miserable cieno, se venga de ser espectro y se convierte en demonio ! *(Pensativo.)* Sí ; yo no soy más que una sombra, un fantasma. *(Al marqués.)* Mira ; al coloso no puede comprenderlo el átomo. Tú no te explicarás el que me muestre así tan desvergonzadamente ante los hombres, los cuales tiemblan más o menos a mi presencia, cuanto mayor o menor es mi cinismo. En esto estriba mi dicha ; me río de ellos porque, siendo tan tirano, yo les hago aún más viles. Rompiendo con ellos todo

freno, toda suerte de equilibrio, toda clase de respeto, veo que, en lugar de ser un rey, me convierto en un hombre libre. Tú no me comprendes; tu miedo aumenta. Enhorabuena. Cuando mañana contemples mi mirada fría y tranquila, no tendrás más remedio que temblar, creyendo que la embriaguez en que me he abismado en tu presencia no ha sido más que un sueño. Es una hoguera donde arden mis recuerdos, mi cetro, mi majestad, mi trono, y la cual se extinguirá únicamente con el hielo de la muerte. *(Vuelve a coger su rosario.)* Ahora terminemos el rezo.

GUCHO *(Aparte y mirando al rey.)* ¡ Sí, sí, ora !

REY Después interrogaré a ese fraile. *(Pasa las cuentas de su rosario.)*

GUCHO *(Aparte y contemplándole.)* ¡ Hipócrita ! Así es como terminarás : rezando. Duro y astuto, no crees en nada. ¡ Qué abismo tan oscuro es tu alma ! Cuando murmuras un padrenuestro te conviertes en imbécil. Entonces te inclinas ante el papa y veneras el concilio. Arañando al sacerdote, le temes ; sientes que eres polvo y te dejas hollar por sus plantas. *(Reza y llega a un diez de su rosario.)* ¡ Amén ! *(Mirando al rey y aparte.)* Es un libertino, un loco ; es embustero, cruel, obsceno, ateo y... católico. Peor para él : la posteridad le dará este nombre.

REY *(Cuelga el rosario en su cinto y hace una seña al prior.)* Acércate. *(El prior avanza con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos clavados en el suelo.)* Si no contestas con lealtad a mis preguntas, eres hombre perdido. *(El prior se inclina.)* Di, pues, la verdad. Ve con tiento. *(Hace unos momentos que el fraile en hábito de dominico ha vuelto a aparecer en escena. Anda con la frente baja, sin conciencia de nada, ocupado tan sólo en arrodillarse ante las cruces de las tumbas. Murmura un rezo. Este fraile es notado por el rey, que lo indica al prior.)* Di antes quién es ese hombre de semblante extraño que no viste tu hábito y que dobla sus rodillas cuando encuentra una cruz.

PRIOR Es un loco.

REY ¡Cuán pálido está!

PRIOR Ayuna continuamente; vive extenuado; habla en voz alta y delira. Sueña en que quiere visitar al papa, postrarse ante él de hinojos, y asegura que le recordará sus deberes. Cuando pasa cerca de nosotros quiere que guardemos silencio. No es de nuestra orden. Está sujeto a la vigilancia del convento. Vuestra majestad sabe que se acostumbra a encerrar en los monasterios a los sacerdotes díscolos, a los sabios y a cuantos soñadores predican máximas y teorías que no admite nuestra Iglesia.

REY ¿En qué consiste su locura?

PRIOR En visiones de fuego. Dice que ve a Satán, el infierno... Hace muy poco tiempo que está en el convento.

REY Parece viejo.

PRIOR Tiene los días contados.

GUCHO *(Aparte y contemplando sus muñecos.)* Tengo dos muñecos: el uno es de oro; el otro, de cobre. El uno se llama el Mal: el otro, el Bien, y los quiero por igual a los dos. La nada es mi objetivo. *(Mira el césped de las tumbas.)* Aquí flores; allí hierba agostada.

REY *(Al prior.)* Las costumbres en vuestros conventos se hallan muy relajadas.

PRIOR ¡Ah, señor!...

REY Las mujeres frecuentan sus claustros muy a menudo.

PRIOR Nuestro claustro linda con un monasterio de Ursulinas. Son nuestras ovejas, y nosotros somos...

REY Sátiros que apacentan el rebaño...

PRIOR *(Inclinándose.)* ¡Oh, señor!...

GUCHO *(Aparte.)* Los conventos de frailes confiesan a los conventos de monjas. Si éstas cometen faltas, se les absuelve paternalmente, y reinando aquéllos en sus corazones, les quitan su virtud para devolverles su inocencia. ¡Oh! ¡Qué milagro! ¡Qué hermoso es el secreto de la confesión!...

PRIOR (*Al rey.*) Señor, los hijos de Leví y las hijas de Sión...

REY Formaban una pareja envidiable. Estoy enterado, y también lo sabrá Roma muy pronto.

PRIOR ¡Ah, señor!...

REY Ella sabrá castigaros. (*Mirando al prior con fijeza.*) Tengo noticia de que el obispo de Urgel se halla en tu convento. (*El prior se inclina.*) Y que tiene poderes para castigarte.

PRIOR (*Inclinándose otra vez.*) Señor, sólo puede corregirnos en cuestiones de dogma. Sus facultades se reducen a vencer o destruir el error.

MARQ. (*Al rey, en voz baja.*) Vuestros ojos lo ven todo.

REY (*En voz baja, al marqués.*) Porque me place. (*La mirada del rey se fija en la entrada de la tumba o del subterráneo que está a algunos pasos.*) ¿Qué es esto? (*Preguntándole al prior.*)

PRIOR Una tumba abierta.

REY ¡Abierta!

PRIOR Sí.

REY ¿Por qué?

PRIOR Dios sabe únicamente cuándo ha de morir el hombre.

REY ¿Para quién está destinada? (*El prior guarda silencio. El rey insiste.*) ¡Responde en seguida!

PRIOR No lo sé. (*Después de un momento de silencio.*) Quizá me aguarda a mí; tal vez a vos, señor.

MARQ. (*Al oído del rey.*) Señor, cuando en un convento hay uno que ya en el terreno del mal, ya en el terreno del bien, sobresale del nivel ordinario, se le suprime.

REY (*En voz baja.*) ¿Se le mata? Me parece un medio excelente.

MARQ. No. La Iglesia se horroriza ante el derramamiento de sangre; pero, en cambio, se le entierra vivo.

REY Ya entiendo.

MARQ. Este sitio es solitario. Si la víctima grita, nadie le oye; si resiste, nadie le auxilia. (*Mostrando la boca de la tumba, donde se percibe una escalera y su losa, que está cerca de ella.*) Se hace descender a la víctima de peldaño en peldaño; baja, y cuando está en el fondo, se coloca esa

piedra en su alvéolo. La noche vela los ojos del condenado, y la tierra, los hombres, el agua y el viento están sobre su cabeza. Y aunque viva...

REY Está muerto... ; lo comprendo.

MARQ. Bien... ; pero si muere, la Iglesia no ha derramado sangre. *(El rey hace un signo de aprobación.)*

REY *(En voz alta, mirando el jardín del claustro y dirigiéndose al prior.)* A pesar de cuanto digas, las mujeres...

PRIOR No entran en esta santa casa.

REY Pues allí veo una. *(Mira al jardín y prosigue.)* Y junto a ella hay un joven preciosísimo. Aun no le apunta el bozo. Es casi un niño ; de ojos vivos, delgado...

PRIOR La joven es una princesa.

REY ¿Y él?

PRIOR Un príncipe.

REY *(Bajo al marqués.)* Acerté en venir aquí.

PRIOR La regla *Magnates*... *(Inclinándose ante el rey.)* Somos vasallos del vizconde de Ortez.

REY Y míos.

PRIOR Vuestra Majestad nos permitirá que recibamos aquí una alteza...

REY Y dos también : macho y hembra.

PRIOR *(Haciendo reverencia y señalando a la joven.)* ¡ Una princesa !

MARQ. *(Bajo, al rey.)* El vizconde de Ortez, de Dax de Cahors, a la vez que seglar y príncipe, ha recibido órdenes sagradas, y mientras pelea en sus tierras azuzando sus mesnadas, se le tiene aquí por cardenal y superior del convento.

REY *(Riendo.)* ¡ Hombres de armas en Francia y de cogulla en España !

MARQ. *(Indicando a los jóvenes que el rey ya ha notado.)* Y si ese mancebo encuentra aquí su compañera, será, sin duda, porque lleva cualquier plan. De otra forma no uniría entre flores y misterio sus dos corazones.

REY ¿Cualquier plan? No. Adivino su objeto : quiere casarlos. *(Al prior.)* ¿Desde cuándo están aquí?

PRIOR Desde su niñez.

REY (*Al marqués.*) Los dos han crecido en este recinto que asfixia. (*Al prior.*) ¿Cómo se llaman?

PRIOR La infanta, Rosa de Ortez.

REY ¿Y el infante?

PRIOR Sancho de Salinas. (*El marqués hace un gesto de sorpresa y mira con ansia hacia el sitio donde se encuentra el infante.*)

REY El uno heredará Ortez y el otro Burgos.

PRIOR (*Haciendo un signo afirmativo.*) Sus tierras llegan hasta el Tajo.

MARQ. (*Aparte.*) ¡Sancho de Salinas!... ¡Burgos!... ¿Si será?...

REY (*Al prior.*) Prosigue. Sí. Todo esto se hace en el misterio. Este don Sancho es mi primo, pero creí que la rama se hallaba extinguida.

PRIOR Aquí se le guarda en secreto. Se le educa en el claustro; pero junto con la nieta del vizconde.

MARQ. (*Aparte.*) Yo creí que había muerto. ¡Vaya un descubrimiento! ¡Ocultar aquí a este mancebo! Indudablemente será él. Me siento impresionado. He ahí algo que yo no esperaba.

REY (*Al marqués.*) Ha habido tacto en elegir este convento. Está muy solitario.

PRIOR El infante y la infanta son dos novios que pronto se convertirán en esposos. Tienen por antepasado un santo que invocamos los frailes, que tuvo por hijo a Lobo Centulo, duque de Gascuña; éste a Lucas, rey de Bigorra, y Juan, rey de Barege; éste al vizconde Pedro y a Gastón V...

REY Termina de una vez.

PRIOR Pues bien, señor; el cardenal vizconde, que es hoy día quien reina, los ha ocultado en este secreto y piadoso retiro.

MARQ. (*Aparte.*) ¡Sancho!... ¡Sancho!...

REY (*Enseñando al marqués el joven, que él puede ver, pero que no ha aparecido aún en escena.*) ¡Mira qué mancebo tan hermoso! (*El marqués contempla emocionado y lleno de admiración a don Sancho.*)

PRIOR (*Fijando sus ojos en la misma dirección.*) Tiene derecho a llevar una escolta de cincuenta hidalgos mandados por un abad. Cuando viene a la iglesia,

ocupa, igualmente, un sitio en el presbiterio. Su capital es Peñacerrada; pero como su nacimiento se halla envuelto en un terrible misterio, nadie, excepto yo, en el convento sabe que es príncipe y heredero de muchas tierras. El lo ignora también, y lo ignora asimismo la infanta doña Rosa, la cual no sabe que es princesa. Se teme que alguien...

REY ¡Cómo! ¿Se hacen estas cosas a espaldas del rey?... Y, según parece, visten el hábito de novicios...

PRIOR Se les consagró a la Santa Virgen. De otro modo no podrían morar en el convento. Han pronunciado ya sus votos ante el capítulo.

REY ¿Luego el uno es fraile y la otra monja?

PRIOR Sí; pero se les concederá la dispensa que se da a los reyes y podrán casarse.

REY *(Al marqués.)* Sí; pero yo soy el lobo que puede penetrar en el redil y destruirlo todo. *(Reflexionando y aparte.)* Pero no. Tú, Ortez, demonio del infierno, permite que crezcan juntos esos dos ángeles. ¡Adoraos, hijos míos, adoraos! Es esto un complot que se ha tramado en contra mía, y que yo explotaré en mi provecho. Que Rosa se case con don Sancho. Esto me conviene. Al casar tu nieta con mi primo, tú, vizconde, tratas de quitarme Burgos. Está bien; no te lo impediré; nuestros derechos son iguales, y como soy ambicioso, como tú, yo, por medio de Sancho, te cogeré Navarra. Yo te sujeto con la joven y tú me sujetas con el mancebo. Que se realice, pues, el matrimonio. Hoy les casaremos; mañana, tú y yo nos veremos las caras. *(Mirando fuera de la escena.)* La infanta es preciosa. *(Reflexionando.)* La manera de triunfar consiste en usar, en provecho propio y con fingida indiferencia, los medios a que apela el enemigo. Se conspira contra él sin que jamás lo sospeche. Quiere mataros y desviáis su brazo. Entonces dirigís vuestro puñal al sitio que elegís, y el que debía ser vuestro asesino se convierte en vuestra víctima. *(Mirando fuera de la escena.)* ¿Qué hablarán? Procuremos oírlo.

(Se dirige hacia el foro y desaparece entre unos árboles.)

GUCHO *(Mirando al rey cuando se va.)* ¡Espía! *(Tan pronto como ha salido, el marqués hace una seña imperiosa al fraile para que se le acerque.)*

ESCENA III

Dichos, excepto el *Rey. El Marqués* y el *Prior* solos y avanzando en la escena.

MARQ. Acércate, prior.

PRIOR *(Acercándose al marqués con humildad y temor.)* Señor...

MARQ. Tú no se lo has dicho todo al rey...

PRIOR En determinados asuntos no reconozco más señor que Dios. El sacerdote debe callar lo que sabe en confesión.

MARQ. No es verdad. Pablo II ha declarado que en los casos graves se puede revelar todo. ¡Ay de ti si me engañas! El rey no es más que mi brazo. Dime, pues, lo que sepas.

PRIOR Juradme que guardaréis el secreto.

MARQ. Lo juro, y hasta te daré un manto de oro para la virgen, que valdrá cien ducados, y seis grandes candeleros de plata, que no valdrán menos.

PRIOR En tal caso lo sabréis todo. *(En voz baja.)* Cuando vos y yo, monseñor, éramos aún jóvenes, doña Sancha de Portugal, para quien los frailes elevamos oraciones, estando casada con el rey de Burgos, le dió un hijo que tuvo de un paje llamado Gornova. El rey creyó que era su padre, puesto que tenía por muy casta a su esposa, y este bastardo fué declarado hijo legítimo. Heredó el trono y se casó, y luego murió, dejando un heredero, el cual, siendo aún muy niño, se dijo que había muerto de repente; pero no fué así; lo que ocurrió fué que le robó el vizconde, quien mandó ocultarle en este monasterio, que forma parte de sus feudos.

MARQ. *(Aparte.)* Sí; lo sospechaba. *(Mirando hacia el*

sitio donde están los dos jóvenes, mientras el prior se entrega al rezo.) ¡ Es mi hijo ! ¡ El hijo de mi hijo ! ¡ Oh ! ¡ Todavía no me atrevo a creerlo ! Siento despertar algo que mi corazón no sentía. ¡ Oh, rayo bendito ! ¡ Oh !, vencedor e inesperado choque ! Yo, que odiaba, ahora amo. ¡ Oh, hijo mío !... Soy padre y me siento enajenado. En adelante valdrá la pena de vivir. He reconquistado mi libertad ; he roto el duro yugo. ¡ Mi negra conciencia andaba errante como una loba y creía que todo lo había perdido, cuando de pronto lo encuentro todo ! Sí ; ¡ soy padre !..., ¡ soy abuelo ! En adelante podré contemplar sonriendo las puras y radiantes cumbres, lanzar furtivamente una mirada hacia la cima que brotó de mi lodazal y donde crecerá ese lirio sublime ! ¡ Es mi hijo, y revivo ! Siento que ese mancebo penetra con sus rayos en las brumas de mi vida, y que su joven alma se apodera de mi corazón infame y viejo. Ahora tendré a alguien que me obligará a guardarme a mí mismo. Tendré la inocencia por consejera. Me siento ya otro hombre ; lloro, amo, y los primeros rayos de la aurora iluminan mi noche sombría. ¡ Oh, luz bendita ! ¡ Oh, niño inocente ! ¡ Oh, Dios ! ¡ Vos, que sois lo desconocido y lo sombrío, sed para mí clemente ! Yo, guía de ese rey que huella millares de víctimas, resplandor de su negrura, cortesano de sus crímenes, siento una mano que suaviza y hace menos pesados los míos. Por fin respiro. Tremendo Cirineo del delito, siento que mi cabeza se yergue ; que mi conciencia, llena de remordimientos, se explaya, y que puedo mirar al cielo. ¡ Oh ! ¡ Ya no estoy solo en el mundo ! ¡ Vivo y le amo ! El no tiene a nadie sino a mí, y yo sólo le tengo a él. ¡ Cuántos abismos en torno suyo ! Pero yo vigilo. *(Reflexionando.)* Para él la luz, para mí la sombra. Permanezcamos envueltos en el misterio. Si se descubriese al padre, el hijo quedaría perdido. *(Se dirige hacia el prior.)*

PRIOR *(En voz baja.)* Prometisteis que guadariais el secreto, monseñor.

MARQ. Queda tranquilo. ¿En qué época ha de salir don Sancho del convento?

PRIOR El niño a quien se creyó muerto, hoy día es un hombre; el vizconde se sirve de él, y lo declarará conde y rey, príncipe y alteza cuando sea el marido de su nieta. *(Mira tras de sí. El rey aparece en el foro.)* ¡El rey!

MARQ. ¡El rey! *(Aparte y hablando consigo mismo.)* Yo ocultaré a ese rey el corazón que en mí ha latido.

PRIOR *(En voz baja.)* ¡Protegednos, Dios mío! ¡Con tal de que nada le ofenda!...

MARQ. *(Aparte.)* Vaya, farsante. Vuelve a cubrirte con tu máscara. Que se dibuje en tus labios la cobarde y vil sonrisa, y no hagas caso del odio, de la afrenta y del insulto.

PRIOR *(Al marqués.)* Me prometisteis reserva.

MARQ. No temas, repito.

ESCENA IV

Dichos y el Rey.

REY *(Aparte.)* Me place espiar dos almas que empiezan a entreabrirse. *(Mira hacia el lado* por *donde acaba de entrar.)* Helos allí.

MARQ. Vos, que sois su señor, ¿qué resolvisteis?

REY Su dicha. Quiero que se casen.

MARQ ¡Qué política tan profunda!

REY España se hunde lentamente. Este matrimonio me conviene. Quiero apoyar al cardenal de Ortez, satisfacer sus deseos, y yo te juro, marqués, que Dax y Bayona serán míos.

MARQ. *(Aparte.)* ¡Respira, corazón mío!... ¡Respira, corazón negro y tenebroso! ¡Mi hijo será rey.... *(El rey hace una seña y su escolta sale* por la *brecha del muro. El prior se acerca al monarca y se inclina ante él con los brazos cruzados sobre el pecho.)*

REY *(Al prior.)* No he venido aquí. ¿Has comprendido?

PRIOR *(Inclinándose.)* Está bien, señor.

REY No me has visto.

PRIOR Señor, soy un humilde fraile que nació pobre y desnudo...

REY Vigilaré este convento.

PRIOR Siempre se obedecerá en él a Vuestra Alteza. *(Aparte.)* ¡Maldito seas!

REY Tu jefe está en Francia.

PRIOR Sí, monseñor.

REY Pero el obispo de Urgel está aquí.

PRIOR Tenemos el honor de recibir su visita.

REY Pues que nada sepa de la mía. *(Don Sancho y doña Rosa cruzan el foro. Nada ven de lo que pasa. El rey los muestra al marqués y se dirige hacia la brecha, diciéndole:)* Ven conmigo. *(Al prior.)* Si aprecias tu vida, guarda reserva. *(El rey sale. Gucho le sigue.)*

MARQ. *(Mirando a don Sancho.)* ¡Qué hermoso eres, hijo mío!

ESCENA V

Don Sancho y *doña Rosa.*

(Don Sancho y doña Rosa, en hábito de novicios, él con sayal blanco, y ella con velo del mismo color, juegan y corren por entre los árboles. Doña Rosa cuenta dieciséis años; don Sancho, diecisiete. Se persiguen y huyen, encontrándose a cada instante. Ríen y cambian frases. La joven quiere coger mariposas. Don Sancho coge flores y forma con ellas un ramo.)

ROSA Por aquí. Mira cuántas mariposas.

SANCH. También me agradan las flores. *(Coge eglantinas que añade a su ramillete, y mira en torno suyo.)* ¡Oh!, ¡me siento embriagado viendo cosas tan bellas!

ROSA *(Que contempla una mariposa.)* Mira esa que vuela entre las puntas de los juncos.

SANCH. Todo es vida y perfumes.

ROSA Vaya, para mí las mariposas; para ti las flores.

SANCH. *(Con los ojos clavados en el cielo.)* Hay en el espacio algo de tierno y bueno que me emociona. *(Coge flores para su ramillete, en tanto que la joven persigue las mariposas.)* ¡Rosa!

ROSA *(Volviéndose y contemplando las flores que don Sancho tiene en su mano.)* ¿Para quién es ese ramo, caballero?

SANCH. Adivínalo.

ROSA Para mí. *(Prosigue su juego con las mariposas y trata de cogerlas. Se escapan, se enfada y las habla.)* ¡Tan bellas como sois y huís! ¿Por qué no venís hacia mí?

SANCH. Si las tocas perderán sus colores. *(Pensativo, y viendo cómo las mariposas vuelan.)* Se diría que son besos errantes que buscan labios.

ROSA Y los encuentran; para ellas son las flores.

SANCH. Pues bien, Rosa; como tú eres flor... *(La coge entre sus brazos. Ella se defiende y él la besa.)*

ROSA ¡Vaya!... ¡Esto está muy mal hecho!

SANCH. ¿Pero no nos vamos a casar? *(Doña Rosa sigue con los ojos a una mariposa, la cual se posa en una flor.)*

ROSA Se ha parado. ¡Cojámosla! *(Se acerca a ella con tiento. A don Sancho.)* Vente.

SANCH. *(Siguiéndola de cerca.)* ¡Silencio! *(Los labios de don Sancho encuentran los de doña Rosa y la mariposa huye.)*

ROSA Eres un torpe. ¡No has sabido cogerla!

SANCH. Pero cogí un beso.

ROSA *(Contemplando las mariposas que vuelven a las flores.)* Cómo se arrodillan a los pies de sus damas. Pero las dejan al punto. Son unas infieles. *(Mirando cómo vuelan.)* ¿Por qué vuelan tan alto? *(Don Sancho va tras ella con recatado paso y la abraza. Ella le rechaza.)* No, no; cuando nos casemos. Ahora no quiero.

SANCH. Vamos, bésame.

ROSA *(Sonriendo.)* No.

SANCH. Sí.

ROSA ¡Pero... si te amo tanto! *(Se dan un beso y se sientan sobre una tumba. La joven reclina su cabeza en el hombro de su novio. Ambos, exta-*

siados, contemplan las mariposas.) ¡ Oh ! ¡ Cuán inmensa y dulce es la naturaleza ! En invierno, el cielo triste deja caer sobre la tierra un frío y pálido sudario ; pero cuando llega abril, la flor nace, el día crece, y la tierra devuelve al cielo que la protege, y en forma de blancas mariposas, sus átomos de nieve. De ahí ese torbellino de alados seres que se elevan hasta Dios. ¡ Dios, colocado bajo el cielo sin límites, abre los corazones y los llena de embriaguez y de luz, y nada les niega, nada les rehusa, porque Dios es infinitamente bueno !... ¡ Cuánto te amo !

SANCH. ¡ Rosa ! *(La estrecha en sus brazos. Cruza una mariposa. La joven se arranca a los brazos de su novio y corre tras ella.)*

ROSA ¡ Oh ! ¡ Qué hermosa es ! ¡ Vamos a cogerla !

SANCH. Dios siembra las gracias de la primavera para alegrar tus ojos. *(La mariposa se detiene sobre una zarza.)*

ROSA *(Adelantando su mano para cogerla.)* ¡ Quieto ! No hagas ruido. *(La mariposa huye.)* ¡ Qué fastidio ! Ya ha volado. *(Sigue a la mariposa. Don Sancho va tras ella.)* Ahora está en un lirio. *(La mariposa va más lejos.)* Ahora en las clemátidas.

SANCH. ¡ Nuestras dos almas han vivido siempre unidas. hermosa mía !

ROSA La mariposa me ha visto. *(El insecto va a un rosal. La joven quiere cogerla; tiende su mano y la retira con viveza.)* ¡ Pícaras rosas, que me han pinchado en el dedo !

SANCH. Quieren beber la sangre de los ángeles. *(El fraile dominico aparece en escena, entre los árboles y los sepulcros. No ve a los jóvenes. Doña Rosa le percibe.)* ¡ Ah ! Ahí viene el viejo y extraño monje. Me da miedo. Vámonos. *(Vanse por el lado de los árboles. El fraile avanza con lentitud, meditabundo. El día va declinando.)*

ESCENA VI

El Fraile, solo.

La tierra con sus pecados, los príncipes cometiendo crímenes, los sabios ignorándolo todo, la lujuria, el orgullo, la blasfemia, los herejes, los judíos, los mozárabes ; ¡ todos, grandes y pequeños, manchando el signo de la redención, maldiciendo a Jesús, cometiendo el mal todos ; el papa, el rey, el obispo y el ministro por una parte, y de la otra el siniestro e inmenso fuego del infierno ! Aquí el hombre olvidadizo, viviendo, comiendo, durmiendo ; ¡ allí las profundidades sombrías donde arden las eternas llamas ! ¡ El infierno !... ¡ Oh, criaturas para siempre abandonadas ! ¡ Oh, balanza sombría del destino ! La vida y la muerte. ¡ Reír por espacio de una hora y llorar eternamente ! ¡ El infierno !... ¡ Visión horrible ! Abismos y cumbres ; el fuego en lo profundo, el azufre en las alturas. Cráter de cien mil dientes ; boca entreabierta del abismo. El infinito castigo con el vengador infinito. La alegría es una mitad de la vida ; la otra mitad, el dolor. ¡ Cuánto arde ! Oyense los gritos de «¡ Madre mía ! ¡ Hijo mío ! ¡ Perdón ! ¡ Perdón !» Y las quimeras se convierten en cenizas ! Se pierde la esperanza ; los ojos se separan del rostro y vagan aquí y allí entre las brasas de los tizones ! Llénanse los cráneos de plomo derretido. El mundo, sujeto al sufrimiento y a la tortura, teniendo por bóveda un negro cementerio jaspeado de fuego, como las luces que brillan de noche en el cielo ; techo horrible sembrado de sepulcros, de donde cae al abismo una eterna lluvia de almas, rodando en el fuego como en un suplicio que Dios no perdona. No veo más que la oscuridad ; no oigo más que sollozos. Un viento lúgubre une y retuerce sin cesar llamas a las llamas ; la ardiente lava llena sordas galerías y el cielo grita : ¡ Nunca ! ¡ Nunca ! Y el infierno : ¡ Siempre ! ¡ Siem-

pre ! Y todo aquel que en la tierra, por vicio o negligencia, ha malgastado el tiempo, ha dado en su embriaguez un mal paso, ha caído, errado o pecado ; aunque no sea más que por un minuto, por un segundo, será víctima del eterno castigo ! No hay que dudarlo. ¿Qué aparece ante nuestros ojos? ¡El infierno ! Llega hasta nosotros su pestilente vaho. El incienso quemado a Belial llega hasta el cielo en roja y acre humareda, a semejanza de la que brota del Etna, del Vesubio, del Hekla y del fúnebre Stromboli. No puede pensarse en otra cosa. Se ofrece ante nosotros el abismo lanzando la sombra, las llamas y la muerte. Podemos inclinarnos sobre él y ver cuanto encierra. Los condenados ruedan en torbellinos cual haces de ígneas chispas ; huyen, se levantan y vuelven a caer con sus alas quemadas por el fuego. Y sobre ellos ríe Satán, el grande infame. Roídos en su cuerpo, tizones vivientes, humo y llamas, terribles y espantosos, ruedan atropellándose en la inmovilidad silenciosa del infierno. Culebras de fuego muerden sus manos, que el dolor retuerce ; les escalda el aceite ; el fundido plomo se los bebe ; la pez los devora ; pesa sobre ellos la hoguera sin límites, y el vengador infinito sólo deja escapar estas palabras, en tan horribles tamices : «¡ Nunca ! ¡ Siempre !...» ¡ Dios mío ! ¿Quién se apiadará del hombre? Yo. Yo vengo a salvarle. Mi corazón siente por él un sublime amor, y yo combatiré al abismo por el abismo. Domingo el santo empezó la obra ; yo la daré fin. ¡El infierno ! ¿Cómo derrumbaré su férreo techo? ¿Cómo detendré al hombre cuando se abisma en su lumbre? Yo conozco el medio. Lo indicó ya San Pablo. El águila lo ve todo, aunque se deslumbre al percibirlo. ¿Qué se ha de hacer para que el infierno se cierre y el cielo se abra? Encender la hoguera ; cauterizar el infierno ; vencer la eternidad por el instante.. Un sufrimiento breve como el rayo suprimirá torturas sin cuento. La tierra incendiada apagará el infierno sombrío. El infierno de un momento ex-

tinguirá la eterna hoguera. La vil y miserable carne arderá con el pecado, y el alma saldrá espléndida y pura de la llama. El cuerpo es barro; el alma, luz. ¡Yo te sacrificaré el cuerpo, alma inmortal! ¿Qué padre vacilará? ¿Qué madre, al ver la santa hoguera y el espantoso infierno, no dudará en dar su hijo a la primera para evitarle el segundo? ¿Cómo no sacrificará un demonio para convertirlo en ángel? Sí; este es el verdadero sentido de lo que se llama Redención. El hombre morirá ardiendo; pero el porvenir de su alma quedará asegurado. Ya no habrá condenados. Los bendecirá la hoguera santa. El tiempo apremia; el mundo empeora; Jesús, pálido y sangriento, vuelve a morir por segunda vez; todo está corrompido, podrido; a cada hora brota una nueva rama en el árbol del pecado, árbol fatal que Dios llama hacia sí, pero que Eva, desgraciadamente, dió a probar al hombre; ya no hay fe. Sólo se ven judíos, relapsos y frailes que rompen sus votos; unos arrancan la cruz; otros manchan la hostia. La fe parece debajo del error, cómo un lirio debajo de una ortiga. El papa está de rodillas; pero no ante Dios, sino ante el hombre. Teme al César. Roma, sujeta a los reyes, será la esclava de Nínive. Un paso más y el mundo está perdido. Mas yo llego para redimirle. Yo traigo conmigo la fe y atizaré las hogueras salvadoras. Yo rescataré el alma sacrificando la carne. Traigo la salvación, traigo el perdón del pecado. ¡Gloria al Señor! ¡Que se regocijen los creyentes! El corazón del hombre, ese peñasco duro, se fundirá en la lumbre. Cubriré el mundo de hogueras; lanzaré el grito profundo del Génesis: ¡Luz! ¡Luz!... Y se verá arder el horno con sus tremendos resplandores. Sembraré el fuego, los tizones, las brasas por sobre las ciudades; brillará el auto de fe con luz viva, celestial y risueña. ¡Oh, humanidad! ¡Cuánto te amo! *(Alza sus ojos al cielo, con las manos juntas, la boca entreabierta, y permanece como en éxtasis. Tras de él, y en una espesura del fondo del cemente-*

rio, avanza otro fraile, con los brazos cruzados y con el capuz echado sobre el rostro. Luego aparece otro fraile, y después otros y otros. Visten el hábito de Agustinos, y se colocan en silencio, en pie e inmóviles, a alguna distancia detrás del fraile dominico, el cual no los ve. Llegan otros frailes y se colocan al lado de los primeros. Todos cruzan sobre el pecho sus brazos y están con su capuz echado, de forma que no se les distingue el semblante. Pasado algún tiempo, se ve un semicírculo de frailes detrás del dominico. Abrese este semicírculo y penetra en él con la capa pluvial, la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, el obispo de Urgel, con dos archidiáconos al lado. Avanza con lentitud, seguido por el prior, único fraile que no lleva la capucha echada. El obispo, sin decir una palabra, se sitúa en medio del semicírculo formado por los monjes. El dominico sigue tan abstraído que nada nota. El día va declinando.)

ESCENA VII

El Dominico, el obispo de Urgel, el Prior y *Frailes.*

OBISPO Sed testigos de que yo, Juan, obispo de Urgel, voy a juzgar al hombre que está aquí presente, ya sea bueno o malo, interrogándole primero, puesto que la justicia, antes de castigarle, exige que se le amoneste. *(El dominico vuelve el rostro y contempla lleno de gravedad al obispo de Urgel y a los frailes. No se conmueve y fija en el prelado su mirada.)* ¿Quién eres?

DOMIN. Un hermano predicador.

OBISPO ¿Cómo te llamas?

DOMIN. Torquemada.

OBISPO Refiérese que, desde muy niño, te sedujo el demonio, y que te persiguen las más fúnebres visiones. ¿Es esto verdad?

DOMIN. La realidad es lo que en mí vive.

OBISPO Será ficción.

DOMIN. Prefiero que lo califiquéis de visiones. Yo veo a Dios. *(Fijando su mirada en el triángulo místico y dorado que se ve sobre la gran cruz del cementerio.)* ¿Qué podemos hacer nosotros, los sacerdotes, delante de tu luz eterna? Ver y adorar su formidable ley, y nada más. Esto será terrible; pero no puedo hacer otra cosa.
OBISPO Contéstame: dícese que, según tu opinión, nosotros, los doctores, nos equivocamos al detestar al impío.
DOMIN. Os engañáis, obispos.
OBISPO ¡Miserable gusano!
DOMIN. Hay que amar al impío y salvarle.
OBISPO Se asegura que un falso dogma, que causó la perdición de Didier el Lombardo, te trastorna, y que, según tu sueño o tu teoría, la hoguera apaga el infierno, de manera que las llamas envían al cielo a los que mueren, y que para salvar el alma hay que quemar el cuerpo.
DOMIN. Es verdad.
OBISPO El error te fascina. El mal, ese triste árbol, tiene por raíz el error.
DOMIN. El alma odia el contacto del cuerpo, su vil compañero. Quemar es depurar.
OBISPO ¡Doctrina horrible!
DOMIN. No es cierto.
OBISPO ¡Teoría falsa!
DOMIN. Verdadera, y a ella amoldo mis acciones.
OBISPO ¡Oh, víbora!
DOMIN. Creo en ella; vuelvo a repetirlo.
OBISPO Si no te retractas, estás perdido. Te aconsejo que te arrepientas y que abandones tu creencia.
DOMIN. No pudiendo mentir, insisto en ella.
OBISPO ¡Ah! ¡Qué obstinación!
DOMIN. Tengo a favor mío el concilio de Letrán y al papa Inocencio III.
OBISPO Si eres dócil lo puedes alcanzar todo; pero en rebeldía, nada. Tus errores pueden ocasionar un cisma; golpéate, pues, el pecho y di que te equivocas.
DOMIN. No, porque me asiste la razón.
OBISPO Renuncia a tu doctrina. Bruno de Angers, que

deseaba engrandecerse, fué tocado del arrepentimiento.

DOMIN. No quiero engrandecerme ; deseo continuar siendo pequeño.

OBISPO ¡ Orgulloso !

DOMIN. No ; creyente.

OBISPO Pero ¿qué te propones?

DOMIN. Ir a Roma ; postrarme ante el papa y contárselo todo.

OBISPO ¡ El me ha ordenado que te juzgase, perro !

DOMIN. El ladrido del perro despierta al pastor. Yo despertaré al papa y me oirá.

OBISPO *(A los frailes.)* Hijos míos, este hombre tiene el corazón duro y feroz.

DOMIN. Seguramente ; porque es tierno. San Pablo dice : «La fe quema en la caridad.»

OBISPO Interpretas mal el texto. Sixto IV, a quien reverencia el mundo, quiere que el altar sea menos feroz y la fe menos severa. La indulgencia se armoniza en él con la santidad. Quiere armar la verdad con la tolerancia. La inquisición se dulcifica. El papa, cuando levanta el dedo, bendice más bien que castiga. Apenas si las hogueras humean.

DOMIN. Esa tolerancia es la que me espanta. La llama del infierno se acrecienta a medida que la de la hoguera disminuye.

OBISPO ¡ Alma oscura y mezquina ! ¿Qué es, pues, lo que tú quieres?

DOMIN. Salvar al mundo.

OBISPO ¿De qué manera?

DOMIN. Por medio del fuego.

OBISPO ¡ Remedio inútil y despiadado !

DOMIN. El médico no es señor del remedio.

OBISPO Pero en fin, di, ¿qué es lo que tú esperas?

DOMIN. Triunfar con la ayuda de Dios.

OBISPO Ya lo veremos. *(Muestra al fraile la abertura de la tumba.)* Entra allí.

DOMIN. ¿Qué es esto?

OBISPO El sepulcro.

DOMIN. Está bien. *(Se dirige hacia la tumba.)*

OBISPO ¡ Detente ! Aun es tiempo.

DOMIN. *(Dirigiéndose hacia la entrada del sepulcro.) Introito.*
OBISPO Reflexiona.
DOMIN. *(Alzando sus ojos al cielo.)* Hiere, Dios mío, a tu sacerdote y tu profeta ; cúmplase tu voluntad temible. *(Se dirige hacia el sepulcro y se detiene en sus bordes.)*
OBISPO Me debes obediencia. La frente que se yergue en la igualdad del claustro es un insulto. La Iglesia tiene obligación de devolver a la noche al hombre que introduce en ella la turbación y el desorden.
DOMIN. *(En pie cerca del sepulcro.)* Amén.
OBISPO Obedece, fraile. Te invito a que te retractes.
DOMIN. No.
OBISPO Baja un peldaño. *(El fraile mete un pie en la tumba y desciende el primer peldaño.)* En nombre de Dios, confiesa tus errores.
DOMIN. No.
OBISPO Baja. *(El fraile desciende hasta el segundo peldaño.)* ¡ Abjura !
DOMIN. No.
OBISPO ¡ Baja ! *(El fraile sigue descendiendo hasta el tercer peldaño.)* Soy obispo y juez. Abjura de tu falsa y bárbara doctrina.
DOMIN. Es la verdadera.
OBISPO ¡ Obedece !
DOMIN. No.
OBISPO ¡ Baja ! *(El fraile sigue bajando. No se ve ya sino la mitad de su cuerpo. El obispo se dirige hacia él y llega hasta la boca del sepulcro. Le muestra su interior.)* Mira ese cántaro de agua y ese pan de centeno. Se cerrará para siempre la cortina que separa el día de la noche. La aurora, las estrellas, todo quedará eclipsado.
DOMIN. Sea.
OBISPO ¡ Baja ! *(El fraile desciende. Sólo se ve su cabeza.)* Piénsalo aún. Vas a extinguirte ahí, sin aire y como una lámpara. Te espera el hambre, la sed, una muerte horrible.
DOMIN. Está bien.
OBISPO ¡ Baja ! *(El fraile desaparece en el sepulcro.)*

DOMIN. *(En su interior.)* Ya llegué al fondo.
OBISPO Colocad la piedra en su sitio.
DOMIN. Colocadla. *(A una señal del obispo, dos frailes colocan la piedra en la entrada de la escalera. En el momento de cerrarla se detienen. Queda una pequeña abertura, y el obispo se inclina sobre ella.)*
OBISPO ¡En nombre de Jesucristo; por el anillo de San Pedro! De aquí a una hora va a ser tarde; te aguarda la eterna noche. ¿Te retractas?
DOMIN. No.
OBISPO Sólo te queda un instante. Abjura tus locos y temerarios errores.
DOMIN. No.
OBISPO ¡Queda en paz! *(Los frailes sueltan la losa y la tumba queda cerrada.)* ¡Oremos, hermanos míos! *(Los frailes juntan sus manos. Forman en doble hilera y se van con lentitud, yendo el obispo tras de ellos. Desaparecen entre los árboles. Se oye el rezo de los difuntos. Las voces se extinguen poco a poco.)*
FRAI. *(A lo lejos.) De profundis ad te clamavi Domine.*
DOMIN. *(En la tumba.)* ¡Apiadáos, Señor, del mundo desgraciado!
FRAI. *Libera nos.*
DOMIN. *(En la tumba.)* ¡Salvadme, Dios mío! *(Don Sancho y doña Rosa penetran en escena.)*

ESCENA VIII

El Fraile en la tumba; *don Sancho* y *doña Rosa* salen de entre los árboles y se detienen cerca de ellos. Pausa. Es casi de noche.

SANCH. Nuestras almas, que se aman desde que éramos niños, se confunden; mi mano te busca, y no sé si yo te arrastro hacia mí o si te sigo. Sobre nosotros se cierne un misterio. A veces me creo que sueño. ¿Por qué se nos educa juntos en este convento? ¿Qué somos? ¿Por qué se nos encierra? Pero todo me es igual, puesto que se me

deja amarte. Yo soy el caballero y tú la dama. No sé por qué te hablo siempre de mi alma. Mi alma es tu aliento, y tu aliento es fuego del cielo. Sale de tus labios y brilla en tus ojos. Cuando no estás a mi lado, yo carezco de alma. ¡Maldito velo!... Dame un beso.

ROSA — No. *(Se deja besar y después se apoya en el brazo de don Sancho y le muestra el cielo.)* Mira aquella estrella. *(Ambos contemplan la noche, extasiados.)*

DOMIN. *(Desde la tumba.)* ¡Perdonad al mundo, Dios mío!...

FRAI. *(Voces lejanas.) Ite pax sepulcris.*

DOMIN. *(En la tumba.)* ¡Perdón! ¡Perdón!

ROSA ¿Oyes unos cantos?

SANCH. Lo que oigo son gritos.

FRAI. *(Voces que se oyen débilmente, como si se extinguieran a lo lejos.) Ones grave super caput.*

ROSA Pues alguien canta. La noche con esos acentos impresiona hondamente. El canto es un tributo de alegría ofrecido al cielo. Todo ama en la tierra. Amémonos, pues, nosotros.

FRAI. *(Voces.) ¡Miserere!*

DOMIN. *(En la tumba.) ¡Miserere!*

SANCH. Eso es un grito. Alguien llama. No me equivocaba. ¿De dónde sale esa voz?

ROSA De la iglesia. Es el canto de la tarde.

SANCH. No.

ROSA En la oscuridad de la noche todo engaña.

DOMIN. *(En la tumba.)* ¡Jesús, Dios mío!

SANCH. *(Fijándose en la piedra que cierra la tumba.)* La voz sale de aquí.

ROSA ¡Ay! ¡Qué miedo!...

SANCH. Alguien está aquí debajo.

ROSA ¡Un muerto que habla!...

DOMIN. *(En la tumba.)* ¡Oh Dios! ¡Oh Padre mío!

SANCH. ¡Bajo esta losa hay enterrado un hombre vivo!

ROSA No te acerques. ¡Se levantará ante nosotros un rostro espantoso, un hombre muerto!

SANCH. *(Con energía.)* ¡Ayúdame! *(Se arrodilla e intenta levantar la piedra del sepulcro. La joven se arrodilla a su lado y trata de ayudarle. Don*

Sancho se vuelve hacia ella sonriendo.) Si es un condenado, que se salve por tu gracia. *(Se inclina sobre la losa y pregunta gritando:)* ¿Se queja aquí alguien?

DOMIN. *(En la tumba)* ¿Sois un transeúnte? ¡Socorredme! ¡Socorredme!

SANCH. ¡Aguardad! *(El mancebo y la joven se esfuerzan por levantar la piedra.)* Nada es capaz de removerla. ¡Oh, si tuviésemos una palanca!... ¡Allí hay una cruz! *(Se dirige hacia ella.)*

ROSA *(Deteniéndole.)* Ten cuidado.

SANCH. *(Mirando el sepulcro.)* ¡Desdichado!

ROSA Temo que te resulte algún daño si tocas la cruz, que es cosa santa.

SANCH. Será aún más santa si con ella salvamos a un hombre. Quiero arrancarla. Jesús aprobará lo que hago. *(Arranca la cruz, que es de hierro.)*

ROSA *(Santiguándose.)* *¡O crux ave!*

SANCH. *(Examinando la cruz que tiene entre sus manos.)* Pues es una palanca magnífica. Ahora hay que buscar una piedra. *(Hace rodar un canto enorme para que sirva de apoyo a la palanca, introduce un extremo de la cruz en el alvéolo y los dos se apoyan en la barra.)* ¡Ah! ¡La muerte no quiere que se abran sus párpados! No podremos lograr nuestro objeto. *(Se interrumpen y toman aliento.)* Nada tan extraño como el claustro de un convento. Ocurren en él cosas raras y sombrías.

ROSA ¡Dios mío!... ¡Tiemblo desde los pies a la cabeza!

SANCH. *(Gravitando en la palanca.)* Esta losa es enorme.

ROSA Por fin cede. Se aparta de su centro. *(La losa empieza a moverse.)*

SANCH. ¡Otro esfuerzo! ¡Otro esfuerzo! ¡Ayúdame! *(La joven se apoya en la cruz. Don Sancho levanta la piedra. La tumba queda abierta.)*

ROSA *(Batiendo palmas.)* ¡Viva!... ¡Viva!...

SANCH. *(Mirando al negro boquete.)* ¡Oh! ¡Qué sepulcro tan horrible! ¡Qué atmósfera tan asfixiante! *(El dominico sale con lentitud de la*

tumba. Primeramente clava su mirada en don Sancho y luego en doña Rosa.)

OSA ¡Un hombre vivo! ¡Si es el fraile... aquel viejo!... ¡Oh! ¡Qué fortuna ha sido que hayamos oído su voz!

OMIN. Me habéis salvado, hijos míos. ¡Juro que os devolveré el servicio!

ACTO SEGUNDO

LOS TRES SACERDOTES

cúspide de un monte, en Italia. La gruta de un ermitaño. En el o. su entrada, abierta en el espacio. En el suelo de la gruta, una era de paja. En uno de sus ángulos, un pequeño altar, donde se ve a calavera. En el hueco de una roca, un cántaro, un pan negro y un to labrado en madera y en el cual se ven manzanas y castañas. s piedras por sitiales y otra mayor sirviendo de mesa. Al horizonte, vas, tierras escarpadas y sembradas de precipicios. En lontananza, un torrente. Por entre la niebla, el campanario de un monasterio.

ESCENA I

Francisco de Paula, solo.

RANC. ¿Qué oigo? ¿Es la campana del convento? No; es un cuerno de caza; es la bocina cuyo eco va de roca en roca. *(Escuchando.)* A veces el mugir del torrente se asemeja a un conjunto de voces que el aire rasga y mezcla a los cien rumores del bosque. *(Escucha otra vez.)* Pero no; están cazando. *(Mira al exterior.)* ¡Sí, son los ladridos de la jauría; el rumor de las bocinas, el alalí de los cazadores lo aturden todo, y persiguiendo al ciervo el hombre se convierte en demonio. *(Sigue escuchando. El rumor de la cacería se hace más distinto.)* ¡Terrible profanación! Desde Simón y Doroteo, el lobo y el ermitaño habitan este desierto, que es feudo del pontífice.

Bajo la fraternidad de estas densas umbrías, e
hombre y el animal se quieren y viven en paz
Nadie, aunque sea rey o príncipe, tiene derech
a traer aquí sus jaurías y a alborotar esta selva
que pertenece a la tiara. *(Los ladridos de la jau
ría se alejan.)* Solamente el papa tiene derecho
cazar en este sitio; pero sólo es cazador de al
mas. Nadie, por malvado que sea, se atreve
derramar sangre en este bosque sagrado; nadi
se atreve a turbar la paz de las aves del cielo
¿quién será, pues, el temerario que osa caza
en este sitio?

ESCENA II

Francisco de Paula y *Torquemada.*

TORQ. Que Dios te guarde, anciano.

FRANC. Salud, hermano.

TORQ. ¿Me permites que repose aquí un momento?

FRANC. Entrad, hermano mío.

TORQ. Me encuentro fatigado; estoy ardiendo; la fiebr y el sol me devoran; sin embargo, he seguid andando hasta llegar, ¡oh santo patriarca!, hast tu gruta bendita. Yo te saludo, ilustre eremit

FRANC. Que el cielo os bendiga, buen hombre.

TORQ. Yo también soy sacerdote.

FRANC. Que el señor os guíe. Vos tenéis perfecto der cho para callar o decir dónde váis. Todos los p sos se encaminan desde la aurora al oriente son brío. Lo que vos sois, hermano, también lo sc yo. Hijos de la nada, lo infinito pesa sobre todc los hombres y todos hacen el mismo viaje. Nue tras rodillas están sobre un altar y nuestros pi en un sepulcro.

TORQ. Vengo del mundo y me dirijo a la ciudad santa a Roma.

FRANC. ¿A Roma?

TORQ. Sí; aunque vil y miserable tengo que hacer e ella, porque ha llegado mi hora. Emprendí r ruta al azar, solo y con los pies descalzos. F

andado por la arena y sobre la nieve. Mi ruego ya ha llegado al trono pontificio y conozco al papa Alejandro VI.

FRANC. ¿Al pontífice nuevo?

TORQ. Es español, como yo. Nos conocimos en Valencia. Se llama Borgia. Pero tú, sacerdote de esta soledad sombría, ¿quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

FRANC. Francisco de Paula. Y vos, ¿quién sois?

TORQ. Torquemada. *(Retrocede con muestras de respeto ante el ermitaño.)* ¡Francisco de Paula! ¡Un santo!

FRANC. No.

TORQ. Tú haces profecías.

FRANC. Tampoco.

TORQ. Asegúrase también que haces milagros.

FRANC. Los presencio. Todas las mañanas, cuando el alba platea los riachuelos y el brillante sol resplandece, se alegran las avecillas, la mesa universal se pone en los campos y las selvas para que coman los hambrientos, la vida florece en las umbrías, la flor se abre y brilla el sereno azul del firmamento; pero yo no hago este milagro: lo hace Dios.

TORQ. Padre, Jesús nos ha colocado al uno enfrente del otro. Yo soy un creyente; tú eres un apóstol. Oye, pues. ¿No has pensado en lo que es el papa, en ese hombre con tiara y que es como los demás mortales: un sepulcro blanqueado? ¿No te has dicho nunca que un desconocido podría ser algún día, y colocado frente al papa, el verdadero sacerdote, y que permaneciendo arrodillado ante el vicario de Jesucristo, coronado por el azar, ese desconocido podría llevar consigo el alma de la Iglesia, mientras que el otro lleva tan sólo su diadema? Pues bien; ¿qué dirías si ese depositario de la fe, si este supremo desconocido fuera yo?

FRANC. El papa es el hombre de Dios y el único que reina. No existen dos Romas.

TORQ. Nadie es hombre de Dios si no es hombre de los hombres. Yo soy este hombre. El infierno con su

negrura aguarda el universo. Yo soy quien debe curarlo con mis sangrientas manos. Lo salvaré por más horrible que yo parezca. Yo me lanzo, espantando a todo el mundo, al seno de una piedad eficaz, terrible, verdadera: yo tengo por abismo el amor.

FRANC. No os comprendo. Recemos. *(Se arrodilla ante el altar.)*

TORQ. En otro tiempo yo era joven y hacía poco que vestía este hábito. Vi en el convento de Santa Cruz, de Segovia, un globo que representaba el mundo con todos sus Estados; los ríos y los bosques; una porción de imperios; las naciones, las fronteras, las ciudades; la nieve con sus cumbres; los mares con sus islas; todas las profundidades en que la vasta humanidad hormiguea en su noche triste y sombría. Tú sabes muy bien, padre mío, que no hay un emperador, ya sea cristiano ya idólatra, que no sostenga un globo en su mano; pero yo en el mío vi al universo todo: las zonas y las naciones; Africa y Europa; la India, donde nace la aurora. Y me dije: «Hay que dominar el mundo en beneficio de Jesucristo, que me ha llamado en sueños. Hay que tomar la tierra y devolverla al cielo. Sí; porque la esfera terrestre, con sus gritos, sus guerras, sus imperios, sus choques, sus ruidos, sus espasmos, es mi mundo; constituye mi globo». ¿Comprendes, hermano?

FRANC. *(Levantándose y colocando un dedo sobre la calavera.)* Aquí está el mío: he ahí el resto del humano destino que se abisma y naufraga. La meditación de este enigma, la sombra que forma la eternidad de esta nada, ese cráneo, símbolo del precipicio en que la humanidad se abisma, esos dientes que conservan su risa como en la primavera de su vida, esos ojos que han perdido la luz, esa máscara, horrible imagen de lo que será nuestro rostro, esa larva que sabe lo que nosotros ignoramos, esos restos que nos indican un fin desconocido; todo esto me recuerda la desnuda miseria del hombre; me hace pensar, me-

ditar, envejecer, despreciar la vida, orar, contemplar esa nada, ese polvo, y ocultar mi aspiración de hombre en las sombras de la plegaria. Es lo único que sé, lo que conozco, lo que pienso ; y a decir verdad, con esto sobra.

TORQ. *(Aparte.)* Al escucharle un rayo cruza mi espíritu. En otra edad Constantino vió cómo flotaba en el aire el santo lábaro. *(Mostrando la cabeza de muerto.)* Y yo también veo este signo ; y yo venceré también, como Constantino. Este santo ermitaño descubre ante mis ojos la otra forma de la verdad, otra claridad cristiana. Sí ; yo conservaré mi globo y le arrebataré el suyo. El escollo indicará el puerto, y la vida eterna tendrá la muerte por bandera. *(A Francisco de Paula.)* Escucha. Domingo el santo comprendió mal la hoguera. Es sublime cuando no es infame. Domingo trató de castigar y yo deseo salvar. Las llamas se han extinguido y yo volveré a encenderlas. ¿Me comprendes ahora?

FRANC. Sí.

TORQ. Quiero encender sobre la tierra el piadoso y saludable incendio. Nadie pensó en realizar tan bello ideal. Yo siendo en mi interior la voz de Jesucristo, que grita : «¡ Anda : te absolveré de todo con tal que alcances tu fin !». ¡ Y ando !

FRANC. *(Colocando sobre la mesa de piedra el pan, el plato de madera y el cántaro de agua.)* Aquí tenéis pan, agua y castañas. Comed si tenéis hambre, bebed si tenéis sed. En cuanto a vuestros proyectos, cuyo fin entreveo, tan pronto encendáis la primera hoguera yo rogaré a Dios para que os envíe un rayo del cielo. ¡ Más le valiera a la humanidad que él os hiciese polvo antes de dar un paso en tal camino !

TORQ. *(Aparte.)* La soledad ha debilitado su espíritu. De fijo que este pobre santo no ha llegado a comprenderme.

FRANC. El hombre fué puesto en la tierra para amar. Debe saber la razón por la cual mata a una hormiga. Dios hizo del espíritu humano un águila bajo cuyas alas la creación se cobija y ningún ser

viviente debe ser proscripto del elemento en que vive. Para el hombre se creó el trabajo; para el pez, el mar; el bosque, para el ave; para todos, la paz. Nada de cadenas; nada de cárceles; nada de hogueras. Si el hombre es un verdugo, Dios no puede ser más que un tirano. El Evangelio tiene su cruz, y el Korán, su hacha. Procuremos que todo el mal, todo el dolor, todos los infortunios se conviertan en bendiciones sobre esta tierra sombría. No hiramos nunca. El patíbulo, hijo mío, constituye un patíbulo terrible. Dejemos la muerte a Dios. ¡Emplear el sepulcro! ¡Qué audacia! El niño, la mujer, la paloma, el fruto, la flor, todo es sagrado; todo está bendecido. Cuando de día o de noche, triste y pensativo, yo desde esta cumbre lanzo mi plegaria en el abismo, siento que se remueve en mi alma lo infinito. Por lo que se refiere al papa, es papa, y debemos venerarlo. Hay que perdonar y esperar siempre, hijo mío. No se debe herir, no se debe pronunciar sentencia alguna. Si se comete alguna falta, que la redima la penitencia. Rogar, creer, adorar: he hí mi ley. El que la observa se salva.

TORQ. ¡Pero tú no salvas más que a ti! ¿Y los demás? ¿Olvidas, padre, la eterna caída de las almas, de día, de noche, a cada minuto, a cada instante, en el infierno, en ese abismo fatal, en ese precipicio terrible? Tú te salvas, sí; pero ¿qué haces de tus hermanos los demás hombres? Vives comiendo nueces y manzanas, como Anselmo y Pacomio, en las africanas soledades. Pero ¿qué sale ganando con ello el mundo? ¿Qué importa al infierno, a las almas malditas, tus contemplaciones, tus rezos, las meditaciones a que te entregas en esa estera de paja? ¿Qué les importa el que te alimentes con pan y agua solos? Vives como un hombre sin posteridad y no como un padre. ¿No hay en ti, como en Dios que lo creó todo, una paternidad sagrada y formidable? ¿Nada vale para ti la gran familia humana? Se cuida un buey, se cuida un perro y se olvida al hom-

bre. No tienes entrañas: vives bajo el cielo como entre cuatro paredes; no te sientes ligado con el hombre impío, terrible y venenoso, que arrastra en todas partes, en los abismos, en las cumbres, sus desgracias y sus crímenes. Ninguno de sus males te interesa. Te cruzas de brazos y sigues cantando tus salmos; vas y vienes desde tu altar a la cruz, de ese montón de piedras a ese trozo de madera, sin hacer ni decir nada. ¡Y cuando todo cruje, vacila y se derrumba, tú, anciano, crees que el cumplir con un deber constituye una locura! ¡La voz de este deber implacable es la voz de la conciencia! Este deber arranca al claustro, a la soledad, y grita: «¡Pensad en la muchedumbre! ¡Pensad en el género humano! ¡Despertad! ¡Andad! ¡Andad!». ¡Oh cielos! ¡Ver a esos pequeñuelos en las llamas eternas del infierno! ¡Arder todas esas mujeres, todos esos ancianos en el terrible fuego de Sodoma! No, no; vale más salvarles a horquillazos y abrirles las puertas del cielo. Ahí tienes, Francisco de Paula, lo que somos en la tierra. Tu ley es la claridad; la mía es el misterio. Tú no representas más que la esperanza; yo soy la salvación misma. Yo soy un auxiliar de Dios.

ESCENA III

Los mismos, un cazador.

(Desde hace algún tiempo este último se ha presentado en el dintel de la cabaña. Es viejo también y su barba está gris. De su garganta pende una cruz con tres brazos. Viste un traje de caza de brocado y un birrete alto de oro con tres círculos de perlas. Lleva una bocina colgada en el cinto. Ha oído las últimas palabras de Francisco de Paulc y escucha las de Torquemada. Lanza una carcajada, y Francisco y Torquemada se vuelven hacia él.)

CAZAD. En verdad que todos mis juglares no me divierten lo que me divertís vosotros. Os acabo de oír con gran placer. Sois un par de idiotas. Me encontraba allí cazando; he dejado los perros, los lazos, y me he dicho: «Vamos a ver al buen ermitaño». Llego y os escucho, y os juro que me habéis divertido. Si la vida fuese tal como vosotros la pintasteis, sería enojosa de veras. *(Adelanta, crúzase de brazos y les mira frente a frente.)* Si Dios existe, guarda silencio como un muerto. En verdad que al hacer al hombre hizo una obra maestra de torpeza; pero hay que tener en cuenta que hizo también el gusano, la culebra, el dragón y a Satanás mismo, lo cual no deja de ser hermoso. *(Avanza hacia Torquemada.)* Te conozco, Torquemada. Vete; regresa a tu país; recibí tu demanda y accedo a ella. Vete, hijo mío. Tu idea es grande y me hace reír. Vuelve a España y haz lo que te dé la gana. Cedo todos los bienes de los judíos a mis sobrinos. Preguntabais no hace mucho por qué el hombre existe en la tierra. Lo diré en dos palabras: para gozar y vivir. Yo, amigos míos, fuera de este mundo no veo nada, y si veo algo en él, es a mí mismo. Cada cual ve un objetivo brillando a través de sus prismas. *(A Francisco de Paula.)* El tuyo es orar; el mío, gozar.

TORQ. *(Mirando alternativamente al cazador y al ermitaño.)* He ahí dos egoísmos.

CAZAD. El hombre es un compuesto de materia; y siendo yo materia sería muy estúpido si no aprovechase sus fugitivos goces, si no me embriagase en el placer y si no gozase de todo, ya que todo es fugitivo. Lo primero es ser feliz. Yo utilizo lo que se llama el crimen y lo que se llama el vicio. Para mí el incesto es preocupación; la muerte, un medio para conseguir un fin. Honro los escrúpulos de conciencia despreciándolos. Si mi hija es hermosa, ¿creéis que me avergüenzo de enamorarme de ella? No soy tan imbécil. Hay que vivir. Preguntad al águila, al cuervo, al gavilán, de quién es la carne que des-

troza si averigua el nido que crió su presa. Porque lleváis un hábito de paño negro o blanco, vosotros pensáis que debéis ser timoratos, y cerráis vuestros ojos ante esos inmensos tesoros de dicha que el loco mundo os ofrece. Vaya: sed más osados. Aprovechad mejor el tiempo. Ya que el resultado de la muerte es la nada, vivamos a nuestras anchas. A lo mejor la sala del baile se abisma y se convierte en catacumba. Dejad que tome asiento en el banquete y servidme. Si hay que propinar algún veneno, ¿qué importa la muerte de las víctimas? En cambio, me queda a mí la vida. Mi hambre es inmensa, ardiente, devoradora, insaciable, y para mí el mundo es como una fruta que se come. No quiero pensar en la muerte ni averiguar quién es Dios. Mientras yo viva, deseo ser feliz; una vez muerto, que haga cual lo que le dé la gana.

FRANC. *(A Torquemada.)* ¿Quién es ese bandido?

TORQ. Padre mío, es el papa.

PARTE II

ACTO PRIMERO

EL PALACIO REAL DE LA LLANA, EN BURGOS

Patio cuadrado rodeado de un pórtico formado por columnas, el cual llega a una de las partes más avanzadas de la escena. Dos grandes puertas que están frente una de otra y que dan a las calles de la ciudad. El pórtico que adelanta en la escena tiene a la izquierda una puerta con dos grandes batientes, y enfrente de ella un vestíbulo, al cual se sube por tres escalones. A la derecha, una especie de cobertizo, donde se ve un estrado con una gran silla de hierro blasonada y coronada por un doselete, el cual remata por una espada en punta. Al pie del trono, dos frailes inmóviles, guardando un cofre que está en el suelo.

ESCENA I

Don Sancho, el *Marqués de Fuentel* y *Gucho.*

SANCH. *(Con un traje de brocado y ciñendo espada.)* ¡ Pero esto es un sueño !

MARQ. Pues es la pura realidad.

SANCH. ¡ Conque soy príncipe !

MARQ. Y conde de Burgos.

SANCH. ¡ Yo !

MARQ. Después de nuestro señor el rey don Fernando, vos sois el primer hombre de este reino. *(Se inclina y besa la mano a don Sancho.)* Nada os falta : sois grande y dichoso.

SANCH. Sí, puesto que voy a unirme con Rosa.

MARQ. Dentro de una hora. Se le ciñe la nupcial corona, se dispone la real capilla y van a dar principio las oraciones con que se implora la bendición divina. El obispo de Urgel os dará la suya, y el rey me ha encargado que yo prepare y dirija la ceremonia.

SANCH. ¡ Oh ! ¡ Vos sois nuestro protector !

MARQ. En tanto se dispone el altar, doña Rosa os es-

pera en el claustro, y yo, Gil de Fuentel, os abriré su puerta a fin de que, según la costumbre, vuestra alteza vaya en busca de su prometida esposa, la traiga aquí y haga homenaje al rey. Parece que don Fernando quiere hablar con vos antes de que recibáis la nupcial bendición.

SANCH. Prefiriría ir directamente a la capilla.

MARQ. Obedeced, monseñor. El rey no os negará su consentimiento. Hay que pedírselo; esta es la costumbre establecida. Vos, aunque príncipe, sois su vasallo.

SANCH. Enhorabuena.

MARQ. Así dáis cumplimiento a una fórmula antigua.

SANCH. Y mi padre...

MARQ. Es Jorge, infante de Burgos.

SANCH. Y mi abuelo...

MARQ. *(Aparte.)* Yo.

SANCH. Es el rey padre del infante.

MARQ. Os espera un largo y venturoso reinado. Permitid que os guíe.

SANCH. Con los ojos cerrados. Algo me dice que me amáis profundamente y eso que hace poco que os conozco. Cierto día, con gran sorpresa y temor de nuestra parte, vinisteis a nuestro convento y nos sacasteis de él por orden del rey para llevarnos a su lado. Cuando llegamos aquí se nos figuró que iba a ocurrirnos algo malo; pero hete ahí que se nos casa, y esto va a labrar nuestra dicha. Por otra parte, me hallo cerca de vos y me siento tranquilo.

MARQ. Fiad en mí. Quiero vuestra felicidad y ruego a Dios por ella. Si os encontraseis en el lecho de muerte y, a semejanza de Juan, conde de Retz, necesitaseis beber sangre para salvaros, yo abriría mis venas y moriría con gusto viendo cómo renacéis a la vida. ¡Vos sois mi príncipe, mi rey, mi señor! *(Aparte.)* ¡Oh! ¡Hijo mío! *(Entra Gucho y oye las últimas frases del marqués.)*

GUCHO *(Aparte y observándole.)* ¡Tiene aire de hombre honrado! Parece satisfecho. ¡Bah! Aquí hay un misterio. Pero ¿qué me importa? No soy un ser como los demás, y si con levantar un dedo pu-

diese evitar el mal o causar el bien, no me tomaría tal molestia. Miro, observo, me arrastro y soy un ente inútil. Este es mi oficio. *(Entra una escolta del rey, capitaneada por el duque de Alava.)*

MARQ. *(A don Sancho.)* Debajo de este peristilo el rey aguarda a monseñor. *(Sube las gradas del vestíbulo y abre los dos batientes de la puerta que da al interior del palacio. Hace una seña a don Sancho para que le siga.)* Entrad, príncipe. *(Ve a los soldados y los muestra a don Sancho.)* Es vuestra escolta de honor. *(Sigue hablando con el príncipe, el cual sube las gradas del vestíbulo.)* Cuando oigáis rumor de clarines, vuestra alteza vendrá conduciendo a la señora condesa ante el rey y ambos os postraréis a sus plantas. *(Lanza una mirada fuera del pórtico.)* ¡Ah! Aquí está el rey. *(Don Sancho se coloca bajo la puerta del vestíbulo. El marqués de Fuentel hace lo mismo. La puerta se cierra tras de ellos. El rey entra seguido del capellán.)*

ESCENA II

El *Rey*, *Gucho*, el *Duque de Alava* y el *Capellán del rey*.

REY *(Al duque de Alava.)* Escucha, duque. *(El duque se le acerca.)* Cuando me quite el collar para ponérselo a él...

DUQUE Ya escucho, señor.

REY *(Mirando la escolta.)* Ya están ahí. *(Al duque.)* Cuando diga: «Yo os hago caballero; reinad desde hoy y que Dios os guarde...», entonces tú y los demás hombres desenvainaréis la espada y le mataréis.

DUQUE Está bien, señor.

GUCHO *(Aparte.)* Mis muñecos gozan de más seguridad que los hombres. *(El capellán se inclina al oído del rey y le señala con el dedo el cofre que guardan los frailes.)*

CAPEL. *(Al rey, en voz baja.)* Allí están los sayales dispuestos conforme lo ordenó vuestra alteza.

REY No creo que sirvan; pero lo mismo da. *(Indicando el vestíbulo.)* Aguardad allí. *(El capellán se junta a los dos frailes. El rey se vuelve al jefe de la escolta.)* Tú, duque, no te muevas. *(Aparte.)* Conviene que yo pueda disponer de cualquiera de los dos desenlaces. *(Ábrese la puerta del vestíbulo y da paso al marqués de Fuentel; luego se cierra. El marqués desciende con lentitud los peldaños. El rey dirige miradas a la silla de hierro.)*

ESCENA III

Dichos y el *Marqués.*

MARQ. Dentro de una hora estará casado. Ya es príncipe y conde. Cada segundo que transcurre es un grado que le hace ascender hacia la luz. ¡El niño inocente resplandece sobre el abuelo infame! Y yo lloro porque mi alma gastada, sombría y miserable, puede aún ennoblecerse. *(Se seca los ojos.)*

REY *(Volviéndose.)* ¡Ah!, ¿estás ahí, marqués?

MARQ. *(Inclinándose.)* Señor...

REY Estoy muy alegre; al fin puedo hablar contigo. *(Mostrándole la silla de hierro.)* ¿A qué viene esta silla? ¿Por qué tiene la espada encima?

MARQ. Señor: este es el trono donde en otro tiempo se sentaba el rey don García, y la espada se ha colocado sobre el dosel como un atributo real.

REY En este reino yo tengo derecho de vida y muerte.

MARQ. Y el príncipe también. *(Sale un cortejo por la puerta de la derecha, el cual se dirige hacia la que está a la izquierda. Son dos filas de penitentes: unos con hábito blanco y otros con hábito negro. Caminan paralelamente con sus puntiagudas caperuzas, en las que hay dos agujeros que corresponden a los ojos. Al frente de dichos penitentes va otro con hábito negro y con un es-*

tandarte, en el cual se ve pintada una calavera sobre dos huesos en cruz. El cortejo cruza por el foro andando con lentitud y silenciosamente.

REY — *(A Gucho.)* Ahí está la gente del abyecto fraile.

GUCHO — Verdaderamente, abyecto; pero grande. Delante de Torquemada se estremece todo el mundo .. hasta vos mismo.

MARQ. — Cuando se ve ese estandarte se percibe olor de hoguera y de carne humana.

REY — ¿Dónde van esos hombres?

MARQ. — En busca de los que han de arder en la plaza pública. ¿Sois un cualquiera? Pues bien: se os envuelve en un procedimeinto secreto. En vuestra misma casa, en el seno de vuestra familia lanzáis una frase torpe; esta frase vuela y llega al Santo Oficio, que presta oído a todo, envuelto en las tinieblas. Entonces sale de la Inquisición esta bandera acompañada por dos hileras de fantasmas y la procesión se pone en marcha. Adelanta pausadamente entre el pueblo. Cruza a través de lo que encuentra. Nada le detiene. Cuando se la ve se huye, o bien todo el mundo se arrodilla ante ella. Ya se sabe que es una visión que persigue a un hombre. Va así por toda la ciudad. *(Mostrando la bandera y la gente del Santo Oficio, que cruza por el foro.)*, ya sea de día o de noche, sin proferir un grito, sin salmodiar un canto, dirigiéndose a la realización de su fin, muda y terrible. Vivís tranquilo, estáis en la mesa, riendo, jugando, cogiendo flores en vuestro jardín, abrazando a vuestros hijos, y de repente se ofrece a vuestros ojos esa calavera. ¡Oh! ¡Cuánta gente quemada! Se ignora el número exacto de víctimas. El que ve marchar hacia él ese terrible estandarte se considera irremisiblemente perdido. *(La procesión y la bandera desaparecen por una puerta situada al frente de aquella por donde ha entrado. Al rey, en voz baja.)* El rey apoya demasiado al clero. ¡Cómo! ¡Torquemada habla al Papa en Roma y trae una bula con la cual se establece el Santo Oficio! Pues

con esto la majestad del rey se eclipsa. Su grande y brillante poder se oscurece. Ese fraile usurpa la regia prerrogativa y en breve tiempo coloca su vil cabeza a la altura de las testas coronadas. *(El rey está distraído y no da importancia a lo que dice el marqués. Bajo a Gucho.)* El rey no me oye.

GUCHO *(Al marqués, en voz baja.)* Porque piensa en otra cosa. *(El rey yergue la cabeza, rechaza con una mirada a los que se ve en torno suyo, los cuales retroceden al foro, y hace una seña al marqués para que se le acerque. Le conduce junto al proscenio, a fin de que nadie les oiga. Gucho lo observa todo.)*

REY *(Al marqués.)* Escucho con gusto tus consejos y suelo adoptarlos. Quiero consultarte, pues, sobre un negocio que se resolverá ahora mismo. *(El rey ve a Gucho, que permanece detrás de la silla de hierro. Le despide con el gesto y Gucho se aleja.)*

GUCHO *(Aparte, y mirando al rey y al marqués.)* ¿Qué va a suceder? He ahí el tigre y el gato.

ESCENA IV

El *Rey* y el *Marqués*, en el proscenio.

REY Seguiré tu consejo, porque estoy seguro de que será justo y sabio.

MARQ. *(Aparte.)* Sé lo que eso quiere decir. Precisamente hará lo que yo le diga que no haga.

REY ¿Cómo va nuestra política? Tú que eres en ella tan sagaz, ¿qué es lo que ves de sólido en Europa?

MARQ. Un gigante, y este gigante sois vos, señor. Vos sois el único que permanece en pie. Todo se humilla ante España, que va creciendo constantemente. Navarra tiene abiertas sus fronteras. Lo más admirable es que antes que yo mismo vos percibisteis el mal y encontrasteis su remedio cogiéndole a ese truhán y viejo Ortez el

infante don Sancho. La balanza se inclina a vuestro favor. El poder es vuestro. Vos sois el coloso, y el punto de apoyo, él. Lo tenéis en vuestras uñas como el águila a su aguilucho. El hombre que os es más necesario es el príncipe. Mientras viva mantendréis en jaque a Francia.

REY ¡Necesario!... ¡Necesario!... ¿Crees que me hace falta don Sancho?

MARQ. Y doña Rosa.

REY ¿Y crees conveniente que viva el príncipe?

MARQ. Seguramente.

REY Pues bien; cuando aquella puerta se abra se le matará. *(El marqués hace un movimiento de sorpresa.)* Por lo que respecta a Rosa, me gusta. Nunca vi una frente tan orgullosa ni una sonrisa tan hechicera; nunca oí una voz tan dulce ni vi ojos tan hermosos. Mira con cierto dulce desdén; sus piececitos cabrían en mi puño. Cuando tiembla aumenta su hermosura, y puesto que a mí me gusta, creo que sobra el novio.

MARQ. Estáis en lo cierto.

REY ¡Oh! Teniendo en cuenta la razón de Estado, yo debiera contener mis deseos. Pero ¿qué he de hacer? Lo que yo siento por doña Rosa no es un simple capricho. Cuando el fuego crece se lucha para ahogarlo, y eso hice, aunque inútilmente. Yo me dije: «Es hermosísima; pero su matrimonio es conveniente, porque me da Navarra. ¡Cállate, amor mío!». Pero ¿quién resiste al fuego de sus ojos, su aterciopelado cutis, su gracia, su hermosura? Y luego añadía: «¡Detente! ¿No es sensible que por una mujer pierdas el fruto de diez años de combates? ¿No hará reír el rey de España al rey de Francia? Adoptemos una política profunda. ¡Que se casen!... Ya está resuelto.» Pero, ¡oh debilidad del hombre! En el momento de caer en brazos del que va a ser su esposo, yo me dejo llevar por el demonio de los celos y me digo: «¡Muera mi rival! Quiero tomársela. ¿He de ser yo

un esclavo empuñando un cetro? ¿He de mutilar mi corazón fibra por fibra, porque a orillas del Sena, del Rhin o del Tíber haya unos cuantos espías coronados que acechan la ocasión en que yo sufra algún descuido?» Nada hay tan enojoso como ser un gran rey. El corazón se venga. Siento mucho haber de matar a don Sancho, sobre todo en su mismo hogar; pero no tengo yo la culpa de que la chica sea tan hermosa.

MARQ. En efecto, no tenéis de ello la culpa.

REY Isabel me aburre. Necesito otra mujer. ¿Por ventura yo no tengo el derecho de amar?

MARQ. El león está con fiebre.

REY Escucha. Yo amo, y el que ama aborrece. Siempre acude a mi memoria aquella infancia que pasaron juntos, aquel convento, la gracia de ella, la audacia de él; aquel césped, aquel bosquecillo y los besos que el muy atrevido la prodigaba. ¡Oh!, estoy celoso de don Sancho y voy a libertarme de él. Me complazco en contar en mi iracundo pecho los sombríos latidos del odio, y sus ásperos estremecimientos, que llegan hasta la punta de mis cabellos. Nada hay tan agradable como el hollar con los pies al enemigo. Yo soy como el abismo, que se estremece de contento al ver cómo se hunde el gavilán en él. Siento un deseo de exterminio, y demente estaría quien quisiere detenerme en mi camino. No reconozco obstáculos. Tengo a don Sancho en mi poder y tomo la venganza. ¿Por qué me vengo? Porque es amado, porque es joven y hermoso. Yo, hombre disimulado, siento en mi corazón mil tempestades, mil fuerzas encontradas. La muerte es mi amiga y los Caínes son mis hermanos. Y mientras me ofrezco ante el mundo, grave, serio, indiferente, siento mi voluntad quebrantada por el deseo. Soy como el volcán que está cubierto por la nieve, pero cuyas olas de negra y ardiente lava llegan hasta su boca. Quien quisiera calmar mi espíritu me llenaría de vergüenza y me pondría furioso. Me siento con

fuerzas para luchar con Dios mismo. Para su primir a don Sancho hay dos medios.

MARQ. *(Aparte.)* ¡ Dos !

REY El claustro y la muerte. Este último medio e más rápido y seguro. Nada hay tan fuerte com el sepulcro. No oye ni ve nada. Su abismo guar da silencio ; su losa es pesada. El claustro e mudo ; la tumba, sorda. No se sale de ella mientras que el claustro es un círculo que pue de romperse. He ahí por qué prefiero que mue ra don Sancho. Y tú, ¿qué opinas?

MARQ. Lo mismo que vuestra majestad.

REY ¿Dices que...?

MARQ. Debéis hacer que muera, señor.

REY *(Aparte.)* ¿Por qué me dijeron, entonces, en se creto, que era su hijo? No será verdad.

MARQ. Soy de vuestra opinión.

REY *(Aparte.)* ¡ Cómo se engaña a los reyes !

MARQ. *(Observándole.)* Vuestra idea es excelente.

REY Así, pues, ¿opinas que debe morir?

MARQ. Sí.

REY *(Aparte.)* ¡ Qué traidor ! Ahora mismo acaba d decirme que don Sancho me era necesario par el bien del Estado. Tan pronto como aquél mue ra pierdo mis derechos sobre Navarra. *(Mirand al marqués de soslayo.)* ¿Dónde quiere conduci me? Este traidor habrá formado algún proyecto *(En voz alta.)* Devorar a don Sancho es mu dulce ; pero ¿no sería mejor que lo royese len tamente? Si lo meto en un claustro lo tendré en tre mis dientes. Si le concedo la vida para ve cómo enflaquece y agoniza, resultaría una ven ganza que, por lo lenta, sería voluptuosa. ¿Qu opinas?

MARQ. ¿Por qué pudiendo elegir la línea recta optá por la curva? Herid ; matad.

REY *(Aparte.)* ¡ Ah, truhán ! Hasta hoy se ha mostra do a favor de don Sancho. Lo ha olvidado ; per yo lo recuerdo. Este hombre tiene dos caras, hay que vigilarle. ¿Qué le impulsa a favorece mi odio? ¡ Diantre ! ¡ Cuán pronto ha opinado c

mo yo! *(Al marqués, en voz alta.)* Pero el derramamiento de sangre...

MARQ. A los reyes sanguinarios se les sirve siempre bien...

REY *(Aparte.)* Quizá se ha vendido al rey de Francia. *(En voz alta.)* Pero tú ahora mismo decías: «Don Sancho es nuestra esperanza. Os es necesario, y mientras viva la paz estará asegurada en España».

MARQ. Me engañaba. Vos sois grande y no necesitáis a nadie. Ni aun a Dios. Matad.

REY Tu sinceridad me agrada; pero, ante todo, reflexiona. El pueblo es un hato de mendigos. Toma a mal la política y sus expedientes. La muchedumbre se conmueve con facilidad ante el golpe que cercena una cabeza. Llora la muerte de un hombre, especialmente si es bello y mozo. Vierte lágrimas sobre una tumba; pero olvida una cárcel. Hay que desconfiar, amigo marqués, de los golpes audaces. Sancho es joven. No hay afición por las tragedias. Muchos me agradecerían que le encerrase en un monasterio, guardado por elevados muros. ¿Podría huir de él? No, por cierto.

MARQ. La tumba es mejor guardián.

REY Pero un homicidio...

MARQ. En este palacio se cometieron muchos.

REY *(Aparte.)* ¡Ah! ¡Traidor! *(En voz alta.)* En fin, dime definitivamente tu pensamiento.

MARQ. Matadle. *(Oyese rumor de trompetas.)* ¡Los clarines! ¡Aquí están! *(Abrese la puerta del vestíbulo y aparecen en él don Sancho y doña Rosa, dándose la mano. Doña Rosa viste un traje de brocado y ciñe en su frente corona de perlas. Don Sancho viste un traje de príncipe y su sombrero está adornado con plumas y pedrería. A la derecha del joven está el obispo de Urgel ciñendo la mitra, y tras de don Sancho vese gran acompañamiento de damas, nobles y sacerdotes, con capas pluviales.)*

ESCENA V

Dichos, don Sancho, doña Rosa y el *Obispo de Urgel.*

OBISPO Rey Fernando de Castilla: don Sancho, ese joven, se desposa con doña Rosa, y ambos descienden de los reyes godos: ella es señora de Ortez, y él, conde de Burgos. Si a vos os place, rey y señor, yo les daré mi nupcial bendición. Conduzco a don Sancho ante vuestras plantas; os presenta a la que va a ser su esposa y os rinde su homenaje; si él es conde, vos sois su rey. *(Don Sancho y doña Rosa bajan del vestíbulo y se postran de hinojos ante el monarca. El marqués de Alava da un paso hacia adelante. El de Fuentel presencia con ansiedad la escena.)*

SANCH. Yo deposito a los pies de vuestra majestad mis señoríos todos.

REY *(Mirando con fijeza al obispo.)* ¿Qué locura es ésta? ¿Tú, obispo, casas a una monja con un fraile?

OBISPO ¡Señor!...

REY ¿Ignoras que pronunciaron sus votos? ¿No te causa espanto consentir en tan infame sacrilegio?

OBISPO ¡Señor!...

REY ¡Un sayal para ese hombre! ¡Un velo para esa mujer! *(El capellán del rey y algunos sacerdotes salen de los pórticos, con un sayal y un velo negro, y echan el primero sobre los hombros de don Sancho, y el segundo, en el rostro de su novia. El semblante del joven desaparece cubierto con el capuchón, y el de doña Rosa, bajo el velo. Rodéanles soldados. Se despoja a don Sancho de su espada. El rey hace un gesto de coraje.)* ¡Lleváosles! ¡Que cada uno de ellos vaya a un convento!

SANCH. *(Haciendo un esfuerzo para quitarse el capuchón.)* ¡Oh! ¡Rey!...

REY (*A los sacerdotes.*) Vosotros me respondéis de este hombre.

MARQ. (*Respirando con desahogo.*) ¡Por fin vivirá! (*Los sacerdotes y los soldados se llevan a doña Rosa por un lado y a don Sancho por otro.*)

REY (*Al marqués, en voz baja.*) Yo sabré rescatarla. No será la primera vez que salga del claustro una mujer.

MARQ. (*Aparte.*) Ni un hombre tampoco.

ACTO SEGUNDO

Una sala del antiguo palacio árabe de Sevilla, con vistas sobre el tablado donde estaba el quemadero. Es la sala donde el rey celebra su consejo. La puerta del foro da a un pórtico sustentado por columnas de arquitectura árabe. A la izquierda, una gran mesa, a cuyo lado se ven dos grandes sillones coronados por el blasón real. Cerca de ella, una puerta baja, estrecha, como si fuese de escape, que da sobre una escalera también secreta. A la derecha, y en la pared que se une al foro, una puerta con dos grandes batientes, y a la que se sube por tres peldaños. La mesa está adornada con un tapiz donde brillan las armas de León y de Castilla. En su centro, y sobre una gran bandeja de plata, se ven treinta montones de escudos en oro, formando una especie de bloque macizo. En la mesa, una escribanía de plata, pergaminos, cera, sellos y plumas doradas.

ESCENA I

El *Marqués de Fuentel* y *Moisés Ben-Habid*, gran rabino. Los dos entran por la puerta.

MARQ. Dinero, dinero y dinero. (*El gran rabino le muestra la bandeja cargada de escudos. El marqués contempla aquella masa de oro.*)

RABI. Treinta pilas de mil escudos cada una.

MARQ. Es un medio excelente.

RABI. Isabel es avara.

MARQ. Y Fernando pródigo. La verdad se alberga en un pozo; la intriga en una mina de oro. A fuerza de presentes, los poderosos conceden licencia para

vivir. Para escapar a las garras de vuestro señor, del juez que os explota, del príncipe, del sacerdote que os estrangula, es preciso ser rico. Los reyes son unos mendigos. Hay que solicitarlos con las manos llenas. *(Al rabino.)* Vuelve a salir por esa misma escalera. Vete. El rey vendrá pronto.

RABI. Imploro vuestra bondad, monseñor; aun es tiempo. Salvad al pueblo judío.

MARQ. El riesgo apremia. *(Despidiéndose.)* Vete.

RABI. Confío en vos.

MARQ. Fía en tu dinero.

RABI. ¿No nos será permitido venir aquí con la muchedumbre judía para arrojarnos a los pies del rey y de la reina?

MARQ. Sí, sí; pero vete.

RABI. ¡Oh día fatal! Si el rey no es misericordioso, irán a la hoguera cien pobres judíos, y el resto de nuestro pueblo será cruelmente desterrado.

MARQ. *(Pensativo.)* Sí; todo se halla preparado para celebrar el auto de fe.

RABI. ¿Es cierto que el rey parte?

MARQ. Sí; pero volverá mañana. Cuando un reo sube al patíbulo es costumbre en nuestros reyes pasar un día orando en un convento de Triana.

RABI. Si no se matara a nadie, no habría que rezar por los muertos.

MARQ. ¡Habla bajo y... vete! *(El gran rabino saluda profundamente y sale por la puerta secreta. Mirando esta puerta cuando el otro ha salido.)* No es tu piel de judío ni la de tu pueblo lo que me angustia ni lo que hará que me juegue el todo por el todo. ¡Ay! Cuando suena la campana que anuncia un auto de fe, tiemblo y me estremezco. Don Sancho está en un convento y se niega a vestir el sayal del fraile; pasa obstinado, refractario, y de un instante a otro se le arrojará tal vez a la hoguera. ¡Oh claustro horrible! Hay que arrancarlo de él; pero ¿de qué manera? *(Abrese la puerta del foro y entra el Rey, seguido por Gucho. Una vez que el Rey ha entrado se cierran sus batientes. Viste el hábito de la Orden de Alcántara, con cruz de*

esmeraldas en el manto. Ciñe corona. Gucho se acurruca detrás de los sillones.)

ESCENA II

El *Marqués*, el *Rey* y *Gucho*.

(El Rey parece que no se fija en nada y está hondamente preocupado.)

REY — *(Aparte.)* No hay que proceder de un modo brusco. Vayamos con tiento.

MARQ. — *(Haciéndole reverencia.)* Si el rey se muestra hoy indiferente ocurrirá una catástrofe. *(El Rey levanta su cabeza y el Marqués señala con la mano el foro, donde se ve una cortina que, una vez descorrida, permite ver el quemadero.)* Allí se celebrará un auto de fe donde se quemará mucha gente. A la vez está sobre el tapete el edicto acerca de la expulsión de los judíos; es decir, el destierro de todo un pueblo que un fraile arrebata al mismo rey de Castilla.

REY — Unas hordas que se expulsan; una hoguera que va a encenderse. ¿Esta es la catástrofe a que te refieres? *(Ve sobre la mesa la bandeja llena de oro.)* ¡Hola! ¿Aun más dinero? *(Al Marqués.)* ¿Quién lo ha traído?

MARQ. — Los judíos.

REY — ¿Cuánto hay?

MARQ. — Treinta mil ducados de oro, que os ofrecen, señor, treinta ciudades.

REY — Está bien. ¿Qué piden?

MARQ. — Que se les deje tranquilos.

REY — Mucho pedir es. Yo no puedo dejar tranquilos a hombres que son judíos.

MARQ. — Vos que sois clemente, dignaos, señor, aceptar ese oro que un pueblo sumiso pone a vuestras plantas y a las de Isabel, vuestra esposa y mi reina. Los judíos piden a vuestra alteza que no vayan

a la hoguera cien de ellos que van a figurar en el auto de fe que hoy se celebra.

REY Grande exigencia es esa.

MARQ. Se trata de la vida de cien hombres.

REY Sí ; ¿pero cómo impedir que el auto se celebre? Mi mujer está siempre machacando en cosas de religión. El papa no me deja un instante de reposo ; ambos son exigentes, y de vez en cuando hay que ceder a ellos. De otra manera no habría paz en mi casa. Pero, en fin..., ¿qué se dice?... ¿Ocurre algo nuevo?

MARQ. Nada, señor. Arden hogueras en Córdoba, Toledo y Zaragoza.

REY Todo sea en honra y gloria de Dios. ¿Qué más ocurre?

MARQ. Parece que estando ebrio el conde de Requeséns se permitió jurar por algún santo ; la Inquisición de Gerona lo ha sabido, y como ninguno de sus criados lo denunciara, se ha mandado quemar su casa y hasta a su mismo bufón.

GUCHO *(Dando un salto sobre sus pies y aparte.)* ¡ Uf ! Me hago familiar de la Inquisición *incontinenti.* No quisiera que eso de arder vivo rezase conmigo.

REY *(Mirando los montones de oro.)* He ahí una buena sangría a los judíos. Son un pueblo aurífero.

GUCHO *(Aparte.)* Prefiero ver cómo se asa al prójimo.

MARQ. *(Al Rey.)* Los hebreos...

REY Di los judíos.

MARQ. Los judíos, señor, que forman un pueblo muy industrioso, solicitan que el rey les permita continuar en España y se digne revocar el edicto por el cual se les destierra.

REY Ya...

MARQ. Desean morir donde murieron sus padres, quedarse en el país donde nacieron y abonaros el rescate. Tomadlo.

REY Si la reina lo acepta, por mí no hay inconveniente. Que venga. *(El Rey hace una seña a Gucho, que va a la puerta del fondo y abre sus batientes. Vese un oficial de palacio que habla en voz baja con el bufón. La puerta vuelve a cerrarse y éste vuelve a su sitio.)*

MARQ. Creed, señor, que los judíos os bendecirán mientras vivan.

REY Lo que yo quiero es su oro y no sus bendiciones, que tomo por insulto.

MARQ. Vuestros abuelos, señor, se congratularon de tenerlos por súbditos. Si los arrojáis del reino, tendréis un pueblo menos.

REY *(Con imperio.)* ¡Basta! No se trata de un pueblo; se trata de una chica. Desde que puse entre ella y yo las rejas de un convento, no duermo ni sosiego. Cada día estoy más enamorado de Rosa. ¿A qué, pues, hablas de política? Habla más bien de mi amor. ¿Qué se hizo de don Sancho? ¿Es ya fraile?

MARQ. No.

REY Si se resiste está perdido. Morirá. Metí a los dos en dos conventos de esta ciudad para tenerlos siempre en mi poder. La chicuela está en el monasterio de la Asunción; el chico en el de San Antonio, donde mi abuelo encerró a su hijo, que fué en otro tiempo rebelde. Don Sancho será fraile y Rosa caerá en mis brazos.

MARQ. ¿Y el edicto sobre los conventos?

REY *(Sorprendido.)* ¿Qué edicto?

MARQ. Declarasteis perverso y traidor a cualquiera que osase entrar en un convento, aunque fueseis vos mismo.

REY ¿Eso dije? *(Mirando al Marqués con fijeza.)* Soy el rey y entro en todas partes. Se aproxima el momento en que rescataré a la doncella.

MARQ. Tendréis que habéroslas...

REY ¿Con quién?

MARQ. ¡Oh señor!...

REY Habla.

MARQ. Con Torquemada.

REY ¡Yo!... ¡El rey!...

MARQ. Es gran inquisidor.

REY ¿Y qué?

MARQ. La Iglesia se encarna en él, y si se enfada...

REY ¿Qué hará?

MARQ. La Iglesia coge fácilmente los privilegios y le cuesta mucho soltarlos. Torquemada se encarga

	de mantener la disciplina en los conventos. Toda la fuerza y todos los engaños del mundo no serán bastantes para arrancarle un fraile o una monja. Anda en torno de los claustros enseñando los dientes. Todos los rebaños están guardados por este lobo. Un rey que quiera ser discreto se guardará mucho de entablar con él un combate. Torquemada ha puesto en jaque al rey y trata de impedirle el paso.
REY	¡ Bah ! Es como otro hombre cualquiera. Le ofreceré dinero.
MARQ.	Probadlo.
REY	Sí ; quiero domarle...
MARQ.	Ved si lo alcanzáis.
REY	Está en mi poder el dar a un hombre cuanto desee ; el más valiente y orgulloso se postra ante mis plantas. Si me empeño en seducirlo, tendré a mano cien mujeres.
MARQ.	Está ya viejo, señor.
REY	Existen las dignidades : la mitra, la púrpura, un título, los honores.
MARQ.	Prefiere ser fraile.
REY	Hay el dinero.
MARQ.	Hizo voto de pobreza.
REY	*(Pensativo.)* Efectivamente, si nada ambiciona, si es viejo, humilde, indigente, ese hombre es fuerte. *(Cruza los brazos sobre el pecho y reflexiona.)* He aquí una pobreza sombría, todopoderosa, que le iguala a mí y que ensombrece mi trono.
MARQ.	Está aun más alto.
REY	¡ No ! ¡ Eso no ;
MARQ.	Las mujeres, el dinero, los honores nada pueden en su alma. Para seducirlo, ninguno de estos medios es bueno.
REY	Dispongo de otros.
MARQ.	¿ Cuáles?
REY	Unos que no han de fallar... ¿ Comprendes?
MARQ.	No.
REY	Se asesinó a Pedro de Arbués al pie de su mismo altar.
MARQ.	Y se hizo de él un santo. Helo ahí todo. Reináis

y distribuís a vuestro capricho las riquezas, los honores y los golpes del verdugo; pero no extinguiréis las hogueras que la Inquisición enciende. Al perseguirla no haréis más que darle fuerza. Ahí tenéis lo que son los sacerdotes: si los matáis, resucitan. Su sangre es eterna y sus huesos engendran huesos. Les perseguimos vivos y les santificamos muertos. ¡Ah señor! No oprimáis a la Iglesia. Se adornará con palmas, cantará himnos, enternecerá con su llanto y será una mártir. Herid a los que viven en el claustro: fijaos en el cielo y lo veréis lleno de santos. Prosternaos ante ella de rodillas; juntad ante ella vuestras manos. Yo la admiro porque, ya esclava, ya reina, ella perdura sobre todo. Hormiguea en lo bajo, hormiguea en lo alto, y cuando la holláis, hecha un gusano a vuestras plantas, renace como mariposa.

REY *(Abatido.)* Ciertamente: ella es la enfermedad y yo soy el enfermo. ¡Desafiar a Roma!... Sería una temeridad, y hay que resignarse.

MARQ. *(Aparte.)* Por fin adopta un partido. Para que haga lo que uno quiere se le debe aconsejar lo contrario. Pero todo consistirá en que el camino tortuoso que le indica mi astucia me lleve al término del mío. Cambiemos de táctica. *(En voz alta.)* Dejasteis que el fraile se engrandeciera, y hoy mide una talla desmesurada.

REY *(Pensativo.)* Es decir, que Torquemada...

MARQ. Es dueño y señor del reino. Allí donde ponéis vuestra uña él posa su garra. Pasaron ya los tiempos en que vuestra alteza podía entrar en los conventos y amenazarlos para que soltaran su presa. Entonces podíais ahorcar a un abad; pero hoy es ya imposible. ¡Tocar a un sacerdote! ¡Qué sacrilegio! Atreveos, y la justicia del rey temerá la suya. El duelo no será ventajoso. Creedme, señor; el mundo pertenece a Torquemada. Su antorcha lo convierte todo en cenizas. Los palacios se transforman en monasterios, y el fraile crece y se reproduce en todas partes como la mala hierba. Todo cede ante él cuando arruga

su ceño. Los orgullosos se arrastran y los animosos tiemblan. ¿Qué se hace desde Cádiz a Tortosa? ¿Qué desde uno a otro extremo del reino? Se denuncia y se quema. El príncipe de Viana y el marqués de Alfonso, vuestros primos, gimen encadenados. En otro tiempo las ciudades españolas vivían alegres y tranquilas y no se oía otro rumor que el de chirimías o zampoñas. Hoy todo está en silencio. Nadie canta, nadie ríe, nadie viste con lujo. Si celebráis un banquete, una fiesta de familia, os hacéis sospechoso. No reina más que el duelo y el temor, y vuestro reino parece una tumba inmensa. Los bosques no producen bastante leña para encender las hogueras. Los crímenes falsos se confunden con los verdaderos, y todo es bueno para enviar un hombre al quemadero. El hijo denuncia al padre y el padre denuncia al hijo. El que involuntariamente derriba un crucifijo es enviado a las llamas. Una palabra, un gesto cualquiera, es tomado por herejía. Este fraile horrible ama a Jesús con un frenesí espantoso. Todo constituye un delito: jurar por Salomón, fingir que se habla en voz baja con el demonio, rayarse las uñas, casarse con una mujer demasiado vieja o demasiado joven, volver hacia la pared la cabeza de un difunto, poner en día de sábado manteles blancos en la mesa, sacar por Navidad el asno o el buey del establo, nombrar más a Dios que a Jesucristo, esto basta y sobra para mandar centenares de víctimas a la hoguera. Seguir, murmurando versículos, el féretro de un muerto, llorar en la oscuridad y detrás de una puerta, mirar cómo brilla la primera estrella de la noche, constituyen igualmente otros tantos crímenes. La hoguera brilla, devora y se remonta hacia el cielo con el resplandor de una siniestra aurora. La sangre que se arrebata a vuestros súbditos se os arrebata, señor, a vos mismo. Pronto quedaréis sin hombres que mandar a la guerra. *(Muestra la galería del fondo y una cortina que la cierra.)* Hoy mismo, señor, allí, debajo de las ventanas de este palacio, se encenderá la hogue-

ra; montón de fuego, hacinamiento de brasas en que las mujeres, ante los ojos lascivos de su confesor, retorcerán sus miembros. En sus cuatro ángulos se levantarán los cuatro evangelistas construídos en piedra hueca, que se llenarán de hombres vivos, los cuales harán rugir a esos feroces colosos; el fuego saldrá por sus enormes bocas y nada quedará en pie más que esos gigantes de granito. Y vuestro pueblo, aterrorizado, pasmado, verá cómo todo, alrededor de esos cuatro fantasmas, se convierte en humo. Todas las claridades vienen del quemadero, y vos, señor, permaneceréis envuelto en la sombra del verdugo. *(El Rey se deja caer en un sitial como si se sintiese abatido.)* Todo esto se hace en provecho de la Iglesia y con pérdida del Trono. Castilla se ve atestada de patíbulos, y el pueblo, asustado, lanza gritos de pavor. *(Acercándose al Rey.)* En vano lucháis; caisteis en las redes. Por encima de España se ha extendido una cortina sombría a través de la cual se ve a Dios, vaga estrella, red negra que echó Satanás mismo, escollo en que el espíritu del hombre naufraga en su miseria; especie de rosetón inmenso de una Iglesia infinito donde el infierno arde en su retablo. Allí se estremece el horror, la noche, el mortal espanto, y el mundo contempla con fúnebre mirada ese algo que brilla en las tinieblas. Piensa en el viejo Baal, que en otro tiempo le ahogaba; engrandecerse es un abuso, discurrir es un delito, anhelar la vida un riesgo. Y en el centro de la cortina oscura se ve al sacerdote, esa araña que sujeta con sus patas al rey, que es una mosca. *(El Rey baja la cabeza. El Marqués lo observa y continúa.)* En verdad que espanta y sorprende que con ese hilo que se llama Iglesia, dogma o claustro, se haya podido frabricar esa tela enorme que puede retener a un águila. Pero es un hecho verdadero, y el águila está presa. El rey de los aires no hace más que aletear en la horrible telaraña. Ante vuestra alteza se levanta el misal, la Biblia, el Evangelio. Carecéis de voluntad y no sois

dueño de amar a nadie ; ni siquiera os atrevéis a reinar. Los antiguos reyes, duros como los montes y cabelludos cual las selvas, tenían más orgullo. El presente es más cieno y más polvo que el pasado. Un rey se deja arrebatar una mujer, y demasiado clemente, se arrastra y se humilla, sin que ni siquiera trate de lanzar un rugido. Torquemada reina y os aplasta bajo la suela de sus sandalias. Pone cerrojos al alma del hombre, tiene más poder que un obispo, el cetro se dobla ante él como si fuese un junco y la espada le teme. De sus ojos brota cierto estupor ; domina el reino, e inclinado sobre todo, cubriéndolo todo con sombra horrible, acecha el universo como un espía de Dios. *(Mirando al Rey cara a cara.)* Un día dirá la Historia : «Esta edad fué la del fuego, el siglo del vasallaje y las tinieblas. ¿Qué produjo? ¡Cenizas! A la espada de Pelayo sucedió la horquilla para remover la hoguera. ¿Quién fué su rey? Torquemada».

REY *(Levantándose.)* ¡Mientes! El rey se llama Fernando, y ni los frailes ni el mismo papa harán más de lo que yo quiera. Lo probaré aunque sea cercenando cabezas. Ve a buscar mis hombres de armas e iremos derechamente al convento de la Asunción para rescatar a la infanta. Aquí tienes mi orden por escrito. *(Se acerca a la mesa, coge un pergamino y escribe en él rápidamente.)* Lo que tú hagas lo doy por bien hecho. *(Firma el pergamino y lo entrega al Marqués.)* Si alguien se te resiste, hiere, quema, aplasta, extermina, y si se necesita destruir ese maldito convento, puedes arrasarlo. *(Gucho redobla su atención.)*

MARQ. Y si algún fraile...

REY Aplástale. Coge cien de mis hombres. Es lo bastante para forzar un convento.

MARQ. *(Aparte.)* Y hasta dos. *(En voz alta.)* Aunque sea ordenada por el rey, la empresa es arriesgada.

REY ¡Vete!

MARQ. Y cuando tenga a la infanta en mi poder, ¿habré de ocultarla?

REY Naturalmente.

MARQ. ¿Dónde?

REY En mi jardín secreto, en el rincón más oscuro y desierto. Ya lo sabes. Yo parto esta tarde.

MARQ. Lo sé; pero sólo estaréis un día ausente.

REY Voy a Triana; pero al volver a palacio quiero ver a la infanta.

MARQ. ¿En el jardín?

REY Justamente.

MARQ. ¿Y la llave? *(El Rey va a la mesa, tira de un cajoncito y saca de él dos llaves, de las que entrega una al Marqués, dejando en el cajón la otra.)* Aquí tienes una. *(Gucho, que está detrás del Rey, se desliza hasta la mesa, abre el cajón y coge la otra llave.)*

GUCHO *(Aparte.)* Y yo me quedo con la otra. *(Cierra el cajón y se mete la llave en el bolsillo.)*

UJIER *(Desde fuera.)* Su alteza la reina, nuestra señora. *(Entra la Reina vestida de negro y ciñendo la real diadema. Saluda profundamente al Rey, que se inclina ante ella sin quitarse el sombrero. Isabel se dirige a uno de los sillones que están cerca de la mesa, se sienta y permanece inmóvil como si no viese ni oyese nada.)*

REY *(Al Marqués, en voz baja.)* No te descuides. La actividad es madre del buen éxito. Ve y haz lo que te dije. *(Entra el duque de Alava, el cual se dirige hacia el Rey.)*

DUQUE *(Saludando profundamente a los Reyes.)* Los judíos piden la gracia de besar las plantas de vuestras altezas.

REY Que entren. *(El duque sale. Bajo al Marqués.)* Corre al convento de la Asunción.

MARQ. *(Aparte.)* Y después al de San Antonio.

REY ¡Vete!

MARQ. Pero...

REY ¿Acabarás de una vez?

MARQ. Si acaso el gran inquisidor...

REY ¡El fraile!... Yo soy el dragón y él es el vil gusano. *(Hace al Marqués una seña imperiosa.*

El Marqués saluda y sale de escena. El Rey se sienta en el sillón que está enfrente del de la reina.)

ESCENA III

El *Rey*, la *Reina* y los *Judíos*.

(Por la puerta del fondo entra una turba de judíos, entre dos filas de hombres empuñando lanzas y alabardas. Forman la comisión nombrada por los judíos, compuesta de hombres y mujeres con los pies desnudos, vestidos de harapos y con una soga al cuello. Algunos están mutilados por haber sufrido los horrores del tormento y van con muletas; otros, a quienes se les han sacado los ojos, van guiados por chiquillos. Al frente de ellos se ve al Gran Rabino. Moisés Ben-Habid. El Rabino cae de rodillas a alguna distancia de los Reyes. Los demás se prosternan cual él y los ancianos inclinan la frente sobre el pavimento. Ni el Rey ni la Reina los miran. Sus ojos vagan por encima de sus cabezas.)

RABI. *(Arrodillado.)* Rey de Aragón, reina de Castilla. Nosotros, vuestros humildes súbditos, con la soga al cuello, llegamos hasta aquí para prestar homenaje. Colocados al borde del sepulcro, toda vez que algunos de nosotros estamos condenados a las hogueras y el resto va a ser expulsado de vuestro reino, venimos ante vuestras altezas para exhalar nuestras quejas. Vuestros decretos hacen de nosotros un pueblo desgraciado; nosotros derramamos abundante llanto y los huesos de nuestros padres se estremecen en sus tumbas. Tened piedad de nosotros. Nuestros corazones son tiernos y sensibles; vivimos encerrados en reducidas moradas, humildes y completamente aislados; nos regimos por leyes tan sencillas, que podría obedecerlas un niño. Jamás cantamos ni reímos, y a pesar de que pagamos con fidelidad nuestros tributos, no se nos tiene consideración alguna; pero alabado sea Dios;

todo lo sufriremos resignados con tal que nuestros hijuelos no tengan que emigrar de este reino seguidos por nuestros perros, nuestros bueyes y nuestros corderos. No ; no es posible que el pueblo de Israel emigre y tenga que andar errante ; no es posible que se nos arroje de aquí, empujados por vuestras lanzas. Tened compasión de nosotros. Dejad que disfrutemos de nuestros campos, de nuestros árboles, de nuestros sembrados. Los animales viven en la selva con sus hembras ; los pájaros duermen tranquilos en sus nidos. ¿Por qué, pues, nosotros no podemos vivir en nuestras casas? Vivimos en ellas como esclavos ; pero estamos cerca de las tumbas de nuestros padres. ¡Oh, qué dolor para nuestro degraciado pueblo ha de causarnos el andar errantes por los caminos solitarios ! Ante tal idea nuestra desesperación no tiene límites. Libradnos de la amargura del destierro y la agonía de una soledad ingrata. Dejadnos nuestra patria, dejadnos vivir bajo este cielo. Ya que nosotros somos la ceniza, no sean vuestras altezas el viento que las esparce. *(Mostrando el oro que está encima de la mesa.)* Ahí tenéis nuestro rescate. Dignaos aceptarlo. Sed buenos y dulces con nosotros. Revocad vuestro edicto. ¡En nombre de vuestros sabios antepasados, que tanto ilustraron y engrandecieron vuestro reino ; en nombre de vuestra hija la infanta doña Juana, os rogamos que tengáis piedad de nosotros ! *(Momentos de pausa. El Rey y la Reina siguen inmóviles y no se dignan mirar a los judíos. El duque de Alava, que se mantiene en pie cerca de la mesa y con la espada desenvainada, se acerca al Gran Rabino y le da un espaldarazo. Este se levanta y retrocede con los demás judíos, andando hacia atrás y dando siempre la cara a los monarcas. Salen de este modo, quedando abierta la puerta por la cual desaparecen.)*

REY *(Hace una seña al duque de Alava para que se acerque.)* La reina y yo deseamos conferenciar en secreto para ocuparnos del edicto. Si alguien vie-

ne, no consientas que llegue hasta aquí, sea quien fuere. Cierra la puerta y que no entre nadie. *(El duque baja la espada. saluda y vase, cerrando los batientes de la puerta. El Rey y la Reina quedan solos. Durante esta escena, Gucho se ha metido bajo el tapiz de la mesa, donde permanece oculto.)*

ESCENA IV

El *Rey*, la *Reina* y *Gucho* debajo de la mesa.

(Isabel y Fernando se miran con fijeza, guardando silencio. Por fin la Reina clava sus ojos en los montones de oro.)

REINA ¡Treinta mil ducados!

REY De oro.

REINA Pero los judíos son una gente maldita que lee en los astros.

REY Treinta mil ducados, que convertidos en maravedís, habría para fletar una galera.

REINA Pero se asegura que los judíos se alumbran con los brazos de niños muertos.

REY Eso es verdad.

REINA ¿Y se cargaría una galera?

REY Quedaría abarrotada.

REINA ¿De maravedís?

REY De maravedís. Formaría un peso enorme.

REINA Mi mente está ofuscada. Recemos un Padrenuestro. *(Coge su rosario. Momentos de pausa. El Rey sumerge la mano en los ducados de oro.)*

REY Con este dinero se podría emprender la guerra a Boabdil. Cogeríamos Granada, perla de nuestra diadema. *(La Reina concluye su oración y deja el rosario.)*

REINA Tomemos el oro y desterremos luego a los judíos, a quienes yo no puedo aceptar como vasallos.

REY También pensaba lo mismo; pero eso dañaría nuestro crédito.

REINA *(Mirando el oro.)* ¡Treinta mil ducados en vuestras manos!

REY O en las vuestras.

REINA ¿No se puede exigir más?

REY Si acaso, más tarde. Se cogería Granada, y si nos quedásemos con los judíos, en cambio arrojaríamos a los moros.

REINA Es cierto.

REY Vaya lo uno por lo otro. ¿Aceptamos?

REINA Sí.

REY *(Coge la pluma y empieza a escribir sobre un pergamino, consultando a la Reina con su mirada.)* Bien. Se revoca el edicto de destierro; se prohibe celebrar el auto de fe que estaba ya dispuesto y se concede libertad a los judíos que yacen en las cárceles.

REINA *(Cogiendo la pluma.)* Está bien. *(En el momento en que Isabel va a firmar, ábrese con estrépito la puerta del foro. El Rey y la Reina quedan sorprendidos. Gucho asoma la cabeza por debajo del tapete. En el dintel de la puerta aparece Torquemada, con su hábito de dominico y un crucifijo en la mano.)*

ESCENA V

El *Rey,* la *Reina* y *Torquemada.*

(Torquemada no mira ni al Rey ni a la Reina. Sus ojos están clavados en el crucifijo.)

TORQ. Judas os vendió por treinta dineros de plata. Este rey y esta reina van a venderos por treinta mil ducados de oro.

REINA ¡Cielos!

TORQ. *(Arrojando el crucifijo en los montones de ducados.)* ¡Judíos, venid a recogerlo!

REINA ¡Padre mío!

TORQ. ¡Triunfad, judíos! ¡Que se cumpla lo que estaba escrito! ¡El rey y la reina os entregan a Jesucristo!

REINA ¡Padre! ¡Padre!

TORQ. *(Fijando sus ojos en los monarcas.)* ¡Que Dios te maldiga, rey! ¡Que Dios te maldiga, reina!

REINA ¡Perdón! ¡Perdón!

TORQ. ¡De rodillas! *(La Reina cae de hinojos. El Rey vacila.)* ¡De rodillas los dos! *(Fernando imita a su esposa. Indicando a Isabel.)* Aquí la reina. *(Indicando a Fernando.)* Aquí el rey, entre los montones de oro. ¡Qué monarcas! *(Se apodera del crucifijo y lo levanta por encima de sus cabezas.)* Os sorprendo en flagrante delito. ¡Humillaos en el polvo!

REINA *(Prosternándose.)* ¡Perdón! ¡Perdón!

TORQ. ¡Horror!... ¡Horror!...

REINA Absolvednos, padre mío.

TORQ. ¡Qué audacia! ¡Llegó tu reinado, Anticristo! ¡La abolición del edicto! ¡El auto de fe suspendido!... ¡Ya no se encenderá la salvadora hoguera! Los reyes lo prohiben. El cetro se atreve con la cruz. Este príncipe se hace el sordo a lo que ordena Jesucristo; pero ya es hora de que yo hable con energía; el Santo Oficio tiene que entendérselas con vosotros. El papa está exento de su justicia; pero no los reyes. Nuestra bandera tiene derecho para penetrar en vuestro palacio cuando estáis en la mesa, cuando os entregáis al sueño. Los reyes no son más que falsos dioses a quienes castiga el cielo. La ley verdadera no es la que vosotros practicáis, sino la nuestra. Nosotros somos el trigo, vosotros la cizaña. Día llegará en que el Señor blanda su hoz para segar las elevadas mieses. Nosotros toleramos a los reyes; pero al mismo tiempo los denunciamos. Nosotros arrojamos vuestros nombres a las oscuridades del misterio, donde os espera el castigo. El infierno está empedrado con cráneos de reyes. Os creéis fuertes porque tenéis las ciudades atestadas de soldados y los puertos rebosando naves; pero Dios medita y os observa desde lo alto del estrellado Empíreo. ¡Temblad!... ¡Temblad!...

REY *(Levantándose.)* El rey y la reina, gran inquisidor, quieren reparar el daño, llevados de su fe; los judíos serán desterrados, y os autorizamos a

vos y al Santo Oficio para que encendáis la santa hoguera.

TORQ. ¡Pues qué! ¿Acaso necesito vuestra licencia? *(Se dirige hacia la galería del fondo y descorre violentamente su cortina.)* ¡Mirad! *(Empieza a anochecer. La galería del fondo permite ver el quemadero, atestado de gente. En el centro, una hoguera colosal llena de postes, donde se ven atadas innumerables víctimas con el sambenito y la coroza. Toneles de pez y de betún encendidos, colocados sobre los postes, caen ardiendo sobre las cabezas de los encadenados. Mujeres a quienes el fuego ha quemado sus vestidos, permanecen desnudas, atadas a los postes con cadenas de hiero. En los cuatro ángulos del quemadero se levantan las cuatro gigantescas estatuas llamadas de los Evangelistas, las cuales están rojas por el fuego. Tienen respiraderos, por entre los cuales asoman las cabezas y los brazos de las víctimas, como si fuesen tizones encendidos. Cuadro espantoso en que el humo y el fuego lo envuelven todo. El Rey y la Reina lo contemplan asustados. Gucho, que permanece debajo de la mesa, alarga la cabeza y procura también verlo. Torquemada contempla con fruición el espectáculo.)* ¡Oh fiesta gloriosa! ¡Oh celestial alegría! ¡Ya arde la clemencia suprema! ¡Ya brilla la aurora redentora! ¡Que el cielo os perdone, condenados! La hoguera de la tierra apaga las del infierno. Sé bendecido, ¡oh tú, dichoso fuego, que extingues el encendido por Satanás y abres las puertas del Paraíso al género humano! ¡Oh misterioso rescate de las almas que yacen en las tinieblas! ¡Oh auto de fe, que eres el perdón, la bondad, la luz, la vida, y que te muestras brillante como la faz de Dios! ¡Cuántas almas salvadas! ¡Cómo vuelan regocijadas hacia el cielo! ¡Judíos, herejes, relapsos, renegados; un breve dolor os da la dicha eterna! El hombre no está desterrado ya del cielo, que se abre y le recibe para salvarle. El amor ya reverdece; este es su triunfo. ¡Qué dicha! ¡Ir al seno de Dios con tan breve sufri-

miento ! *(Se oyen salir gritos del quemadero.)* ¡ He ahí los gritos de Satanás al ver que se le escapan sus almas ! ¡ El eterno réprobo ruge en el eterno cieno ! ¡ Oh cómo se desespera al ver que yo cierro las puertas del infierno ! ¡ Cómo se esconde detrás del muro sombrío ! El cielo sufría, el cielo padecía la úlcera ocasionada en él por el sangriento averno, y echando en éste la bienhechora llama, yo cerré la cicatriz. ¡ Hossanna ! ¡ La eterna herida está curada ! Ya no habrá más infierno. Todo ha terminado ; se ha secado la fuente del dolor. *(Contempla el quemadero)* ¡ Oh rubíes de la hoguera, ascuas, pedrerías !... ¡ Arded, tizones ! ¡ Quemad, carbones ! ¡ Chisporrotea, fuego soberano ! Prodigioso estuche de chispas que proceden de las estrellas. Las almas, fuera de sus cuerpos, como fuera de su envoltura, vuelan hacia el cielo, y la dicha sale del baño de tormentos. ¡ Esplendor, magnificencia ardiente !... ¡ Ah, Satanás, te he vencido ! *(Queda en éxtasis.)* ¡ Fuego ! Lavado de todas las negruras por medio de la llama salvaje. Transfiguración suprema, auto de fe. Dos somos los que atraemos las miradas de Dios : Satanás y yo. Dos dueños y señores de las llamas ; él, perdiendo al género humano ; yo, auxiliando y salvando las almas ; ambos verdugos, haciendo por el mismo procedimiento, el infierno él, el cielo yo ; él el mal, yo el bien ; él está en la cloaca y yo estoy en el templo. Y nos contempla el negro temblor de la sombra. *(Se vuelve hacia los que están en el suplicio.)* ¡ Ah ! ¡ Sin mí estariais perdidos, mis criaturas amadas ! La piscina de fuego os depura inflamados. Me maldeciréis, hijos míos, por este momento de dolor, que pasa pronto ; pero luego me lo agradeceréis cuando veáis el peligro de que habéis escapado ; porque lo mismo que Miguel, arcángel, yo he castigado ; porque los blancos serafines, asomados al pozo de azufre, se burlan del mostruoso aborto del abismo ; porque vuestro alarido de dolor, que sale a la luz tartamudeando y estupefacto, termina por un canto de amor.

¡ Oh ! ¡ Cuánto he sufrido al veros en las cámaras de tortura, gritando, llorando, retorciéndose vuestros miembros, dominados por el torno de bronce, por el hierro candente. Pero ya estáis libres del suplicio. ¡ Partid, huid hacia arriba ! ¡ Penetrad en el Paraíso ! *(Se inclina y finge mirar hacia el interior de la tierra.)* ¡ No, ya no tendrás más almas. *(Se incorpora.)* Dios nos concede el apoyo que le pedimos, y el hombre está alejado para siempre del abismo. ¡ Vamos, vamos, vamos ! A través de la sombra ardiente y los grandes fuegos alados, el desvanecimiento de la humareda se lleva hacia la altura al espíritu vivo, salvado de la carne muerta. Ha sido arrancado del hombre el pecado original ; uno tenía su monstruo en ella que roía su luz y que le mordía las alas ; el ángel expiraba, víctima del demonio. Ahora todo arde y el reparto augusto y resplandeciente se hace ante Jesús en la claridad de las tumbas. ¡ Dragones, caed hechos ceniza ; volad, palomas ! Para aquellas que estabais condenadas al infierno, ¡ libertad ! ¡ Pasad de la sombra á la luz ; cambiad de eternidad !

ACTO TERCERO

Es de noche. Una terraza del parque secreto llamado el «Huerto del Rey», en Sevilla. La terraza es amplia y comunica a derecha e izquierda con varias alamedas. En el fondo se corta bruscamente en una escalinata, de la que no se ven los peldaños, y por la cual se sube de las profundidades del jardín a aquella terraza. La escalera ocupa toda la longitud de la terraza. Los que llegan por ella aparecen primeramente por la parte superior del cuerpo; luego se les ve agrandarse, hasta que se hallan al nivel de la terraza. En ésta hay un banco de mármol. La parte baja del jardín se pierde en la oscuridad detrás del corte de la terraza. A todo foro, paisaje de montañas. Soledad. La luna sale durante el acto.

ESCENA I

Torquemada y *Gucho.*

(Aparecen por la alameda de la derecha, Gucho conduciendo a Torquemada. Gucho sujeta con un brazo contra su pecho sus dos monigotes y con el otro presenta una llave a Torquemada.)

GUCHO Dignaos tener presente, monseñor, que yo soy quien os entrega la llave del parque secreto del rey; yo, Gucho, el bufón de dicho rey, nuestro señor. ¿De qué crimen se trata? No sabría decirlo. Me parece lo mejor que estéis aquí para verlo todo por vuestros propios ojos. Se trata de los santos derechos del claustro y de una joven que el rey quiere forzar, aunque por su familia esté prometida a su primo; es lo único que sé de ese designio malvado. *(Torquemada toma la llave de manos de Gucho. Este dice aparte.)* Denunciar es malo; pero ser asado es peor. Mi resolución está tomada. No me encuentro con el ardiente deseo de brillar en un auto de fe. Brillemos como un espíritu, no como una vela. Y la cuestión es ésta: ¿A quién soy yo fiel en esta ocasión? A mí mismo, y esto es ya bastante. Bobos

que me habéis creído un héroe, un valiente temerario, brusco, caprichoso; un mártir que deseaba la muerte, os habéis equivocado de medio a medio. ¿Qué va a ocurrir? Yo me lavo las patas. Además, si a mí me quemasen, el rey se quedaría tan fresco. Este vejete no tiene más que levantar el dedo para que caiga su alteza boca abajo. De modo que hay que denunciar; es lo mismo. ¡Qué diantre, sólo pensemos en nuestra persona. No quiero tomar parte en este juego y me largo.

TORQ. *(Contemplando la llave, aparte.)* Apenas absuelto, vuelve este rey a pecar. ¡Malvado y cobarde! *(Gucho se ha retirado al fondo de la terraza. Lanza una ojeada en la oscura profundidad del jardín.)*

GUCHO *(Aparte.)* Percibo un grupo bajo un árbol, y creo que van a subir por la escalinata de mármol. ¡Son tres! ¿Y por qué son tres? Quédese así este por qué, salvémonos, y que todo se derrumbe detrás de mí.

TORQ. *(Aparte, mirando al jardín.)* ¿Luego este es el parque secreto, el escondrijo de los vicios? *(Llega a pasos lentos a la avenida de árboles de la izquierda.)*

GUCHO *(Aparte, mirando hacia la escalera.)* Ya llegan: partamos. *(Sale por el mismo sitio que entró. Se ve subir y llegar por la escalera al Marqués de Fuentel, primeramente, y luego a don Sancho y doña Rosa en hábito de novicios, como en el primer acto. El Marqués se pone el dedo en la boca, como ordenándoles silencio, y mirando a su alrededor con precaución.)*

ESCENA II

El *marqués de Fuentel, don Sancho* y *doña Rosa.*

MARQ. Si fuese de día, serían un peligro vuestros trajes de novicios. Pero el lugar es solitario, está oscuro y nadie nos ve. ¡Dios mío! Ya estáis libres;

nadie sospecha que os halléis aquí, pues he tomado distinto camino que el de ordinario y nadie me ha seguido ; he despedido también a las gentes que me han ayudado y, sin embargo, tiemblo. Hay que huir rápidamente. *(Mirando las solitarias alamedas del parque.)* ¡ Oh ! He cerrado bien la puerta. No hay peligro alguno ; sólo el rey puede entrar ; pero está ausente. *(Dirigiéndose a don Sancho.)* Príncipe, señora, confiad en mí ; la empresa de sacaros de aquí es ardua ; pero ante el peligro acrecen mis fuerzas. He consagrado mi vida a los dos, y estoy resuelto a salvaros. Os dejo un momento. Huiremos o moriremos juntos. Voy a buscar un refugio seguro. ¡ Cómo tiemblo ! Pero, en fin, os veo aquí vivos y sanos ; benditos seáis.

SANCH. ¡ Cuánto os debemos, señor !

MARQ. Es preciso, mis pobres desterrados, encontrar el medio de escapar a las persecuciones. Esperadme aquí.

SANCH. ¡ Cómo os agradeceremos tanta bondad !

MARQ. Siendo dichosos. *(Vase por el lado por donde salió Gucho.)*

ESCENA III

Don Sancho y *doña Rosa.*

SANCH. ¡ Cómo tiemblo ! Volverte a ver es el cielo ; pero temer por ti es una desesperación.

ROSA Dios, que nos ha vuelto a unir, nos salvará. *(Mirándole con embriaguez.)* ¡ Te amo ! *(Se arrojan uno en brazos del otro en amoroso deliquio.)*

SANCH. *(Alzando la cabeza y mirando la oscuridad reinante.)* ¿ Es que de esa altura estrellada y suprema no va a descender un ser inmortal que venga a cubrirte con su sombra? ¿ No tiene el cielo ningún ángel y el ángel no tiene alas?

ROSA Tenemos un amigo fiel y noble.

SANCH. Sí ; pero hasta él mismo está atemorizado. El peligro existe en todas partes. *(Aparece Torque-*

mada. Está en la oscuridad de los árboles y ha oído estas últimas palabras. Escucha y mira. Contempla en la penumbra a don Sancho y doña Rosa con una especie de creciente sorpresa. Ninguno de los dos lo ve. Don Sancho le coge la mano a doña Rosa y alza los ojos al cielo.) ¡Oh! ¿Quién vendrá, entonces, a protegernos?

TORQ. ¡Yo! *(Ambos se vuelven estupefactos.)*

ESCENA IV

Don Sancho, doña Rosa y *Torquemada.*

TORQ. ¡Os he reconocido!

ROSA Este anciano...

TORQ. Sí; yo soy el hombre condenado por Gomorra y maltratado por Sodoma, y a quien vosotros, niños desconocidos, protegisteis. Yo estaba en el sepulcro y vosotros acudisteis en mi auxilio, salvándome. Vosotros sois la paloma y el águila que me sacasteis de la tumba. Tenía ganas de volveros a ver, porque me salvasteis, y ahora os quiero devolver tal servicio.

ROSA ¡Sí; es aquel anciano!

TORQ. Veo por los hábitos de sarga que os habéis consagrado los dos a la Virgen; os vuelvo a encontrar tal como os vi la vez primera; no estaba vivo ni muerto; vosotros os aparecisteis como dos ángeles y me salvasteis. Dios, por sendas extrañas, me coloca hoy a mí en vuestro camino; pedíais auxilio, y yo os tiendo la mano. Dios, para vigilar por ellos, coloca a Santo Domingo sobre Pedro segundo y a mí sobre Fernando, príncipe inicuo. Paso y os digo: Parece que estáis en peligro. ¿Estáis prisioneros? ¿Qué auxilio necesitáis? Dios, para hacer un deber cualquiera, me proporciona la entrada en este palacio sospechoso, caverna oscura; os encuentro sufriendo, y no me extraña que Dios nos conduzca a vosotros y a mí por los mismos pasos. Yo estaba en la tumba y llegasteis vosotros.

Tú, cautiva, y tú, cautivo, tembláis en este lugar oscuro, y yo llego. Sin mí, pereceriais vosotros; sin vosotros, yo estaba perdido. Fuisteis cosa imprevista; yo soy cosa inesperada. ¿Cómo estáis aquí vosotros? ¿Cómo estoy yo? Vosotros fuisteis el milagro, y yo soy el prodigio. Dios sabe lo que hace.

SANCH. *(A doña Rosa.)* ¡Sí; es él!

TORQ. No tengáis ningún temor; estoy yo aquí. Preveo algún lazo. Recluído y fraile, conozco a los hombres. Os amo y os defenderé contra el mismo rey.

SANCH. ¿Acaso estáis cerca de él.

TORQ. Por encima de él.

SANCH. ¿Quién sois entonces?

TORQ. Nada por mí. Todo por Jesús.

SANCH. ¿Cómo os llamáis?

TORQ. Mi nombre es Liberación. Yo soy aquel que ve la horrorosa transparencia de la tierra y el infierno debajo; y mis miradas persiguen a los demonios consternados y huraños y veo abajo el abismo que hay que temer, el fuego sombrío, y tengo la urna que debe apagarlo. Pero decidme también vuestros nombres, para que sepa quiénes sois.

SANCH. Sancho, infante de Burgos.

ROSA Rosa, infanta de Ortez.

SANCH. Nos hemos dado palabra de casamiento.

TORQ. A lo que parece, sólo habéis hecho votos que se rompen con una dispensa. Pero ¿a qué obedece hallaros en estos lugares a tales horas?

SANCH. El rey me encerró por la fuerza en el convento y a ella también, y hemos huído.

TORQ. Pagaréis una multa; pero al rey le saldrá má caro, porque su falta es mayor. Que el claustr de Dios sea la prisión del rey es un crimen, nadie puede entrar en un convento contra su vc luntad. Estáis libres. Rosa, y tú, Sancho, espe rad; ¿qué más queréis?

SANCH. Casarnos, padre mío.

TORQ. Sea. Yo mismo os casaré.

ROSA ¡Oh monseñor!... *(Quiere arrojarse a sus plar*

tas, pero Torquemada se lo impide con un gesto.)

TORQ. A los muertos, el Paraíso; a los vivos, la felicidad; esto es lo que yo aporto, y llevo, humilde y sereno, una antorcha en una mano y en la otra una palma. ¡Sed dichosos!

SANCH. ¡Oh felicidad! Yo no sé explicármelo; pero cuando me hallo cerca de vos ya no le temo al rey. Si temiese a alguien, sería a vos. Sois como una Providencia extraña sobre nuestras cabezas; os presiento formidable y supremo.

TORQ. Rosa, como Raquel, vió a Jacob y lo tomó por esposo, así vos os casaréis con Sancho, y la gracia divina destruirá los proyectos del rey, cuya maldad adivino. Sí; yo os salvaré a ambos; contad con mi apoyo.

ROSA ¡Oh! Quienquiera que seáis, sacerdote, obispo, gracias; bendito seáis, padre. En verdad fué una hora augusta aquella en que Dios permitió, ¡oh anciano santo y justo!, que oyésemos vuestros gritos en la tumba.

SANCH. Me acuerdo perfectamente: era en el risueño mes de abril; yo cogía rosas y ella corría detrás de las mariposas; ¡las cosas que nos decíamos en voz baja!... Llegó la tarde, y de pronto oí un grito, semejante al llamamiento de un moribundo; vi una piedra, escuché...

ROSA Y tú dijiste: «Aquí hay un hombre enterrado en vida; salvémosle». Pero la piedra era muy pesada, muy pesada...

SANCH. Pero cerca había una cruz...

ROSA Y tú la arrancaste. *(Movimiento de espanto en Torquemada.)*

SANCH. Sí; yo cogí la cruz, que era una excelente palanca, y gracias a aquella cruz pudimos abrir la tumba y vos salisteis vivo del sepulcro.

TORQ. *(Aparte.)* ¡Cielos! ¡Están condenados!

SANCH. Los dos, yo levantando la piedra, ella haciendo fuerzas sobre la barra, abrimos la fosa.

TORQ. *(Aparte.)* ¡Una cruz arrancada! ¡Sacrilegio mayor! El fuego, el eterno fuego se abre bajo ellos. No tiene salvación. ¡Gran Dios! Helos aquí fuera de la sombra inmensa del Calvario. ¡Des-

graciados! ¡No es al rey a quien tienen que dar cuenta; es a Dios! *(A don Sancho y a doña Rosa.)* ¿Y estáis bien seguros de que aquella palanca era una cruz?

SANCH. ¡Ya lo creo! Estaba derecha entre la seca hierba, al pie de los viejos muros, y yo la arranqué con mis manos.

TORQ. *(Aparte.)* ¡Una cruz arrancada! ¡Una cruz! Es lo mismo; hay que salvarlos..., pero de otra manera. *(Con la mano les da la despedida.)* Hasta ahora.

SANCH. Aquí, en este sombrío momento, no tenemos amigos, no tenemos dónde refugiarnos; nuestra salvación es usted, señor.

TORQ. Estad tranquilos; sí; yo os salvaré. *(Vase por el fondo, y se le ve lentamente hundirse y desaparecer en la bajada de la escalera.)*

ESCENA V

Don Sancho y *doña Rosa.*

ROSA Arrodillémonos y demos gracias a Dios que acaba de hacer un milagro por nosotros. ¿Es verdad, don Sancho, que no se ha hecho esperar mucho? ¡Encontrar en esta mansión al hombre salvado por nosotros y salvarnos él a su vez! Sí, sí; tengo fe; tengo esperanza; ¿no es cierto?

SANCH. Sí; seguro, cierto; esperanza, vida mía; nos debe la vida y nos la devuelve; confianza; la dicha me ahoga; estoy ebrio de alegría. *(La atrae hacia sí.)* Ven junto a mí; respiremos al fin. ¡Oh! Esta sombra que hace el ala del serafín la siento sobre nuestra frente después de tantos desastres. Hay una mano abierta entre los astros y nosotros.

ROSA Sí; es la mano de Dios que nos protege.

SANCH. ¡Oh! ¿No sientes acercarse a nosotros las voces del Paraíso? *(Mostrándole el parque y los*

bosques de árboles.) Toda esta naturaleza es como un rumor de lira.

ROSA ¡ Ah ! Cuando se vuelve a ver a la persona amada, acude a la vez todo cuanto quiere decirse a los labios : el pasado, el presente, lo que se ha sufrido, querido, pensado, tantas noches de insomnio. Dios, su misericordia, los hombres, tan malvados ; en fin, el alma se desborda y se dice : «Yo te amo». Y entonces se ve que se ha dicho todo. ¡ Oh ! ¡ Lo que he llorado !... Cuando se perdió la esperanza, cuando me vi en el fondo de aquel claustro recluída, cuando vi quebrarse el hilo de nuestro destino y separados nuestros dos corazones y los proyectos del rey vagamente bosquejados, ¡ horror !, yo me sentí invencible, fuerte, animosa, y anhelé infinidad de veces la muerte. *(Una vaga claridad de luna empieza a mezclarse en las perspectivas oscuras del horizonte.)*

SANCH. Pues ¿y yo? ¡ Si supieras !... Pero olvidémoslo todo, Rosa. El corazón es lo único que vive ; el amor es lo único que permanece en pie. Todo lo demás se derrumba y muere. Nosotros vamos a salvarnos, a casarnos. Yo tengo fe en ese sacerdote. Nos devuelve lo que ha recibido de nosotros. Amémonos, vivamos. Mira cómo aparece la luna por la cumbre de los montes ; mira ese agua, esos bosques. Toda esa belleza, Rosa mía, es clemencia. Toda esta dulzura esparcida en este sitio encantador nos ordena creer y nos responde de Dios. Ya no temas nada, bella criatura inocente ; el dolor es el lirio, y la rosa la esperanza. El dolor se abre y Dios, desde su altura, llora enternecido, y esa es la esperanza. Sí ; nuestro duelo, nuestras lamentaciones le han emocionado, y nos defienden guardianes invisibles. ¿Qué he de decirte? ¡ Te amo ! ¡ Ah ! Hemos vencido, y todo el azul del cielo ha penetrado en nuestros corazones. Esperemos.

ROSA Sí ; yo siento que alguien rompe nuestras cadenas ; sí ; yo espero. Esperar es nacer.

SANCH. Amar es vivir.

ROSA ¿Qué tenía yo en el pensamiento? Ah, sí; quería decirte que te amo.

SANCH. Acércate a mí. *(Se aproxima.)* Más cerca. *(Se acerca más; ambos se sientan en el banco; doña Rosa le abraza a él.)*

ROSA *(Contemplándolo.)* ¡Oh don Sancho, rey mío; qué hermoso eres!

SANCH. Rosa, vamos a ser para siempre el uno para el otro. ¡Qué verdad es, Rosa mía, que Dios acude cuando se le ruega fervorosamente! ¡Oh! ¡Comprendo bien esa palabra celeste! ¡Casados! Belleza, pudor, tu cuerpo sagrado, tu carne bendita... Ser el esposo; apoderarse del ángel apasionado que huye! ¡Verte a cada instante, hablarte noche y día; todas las frases de felicidad oírte decírmelas temblorosa y besarlas en tu sonrisa! ¡Tener el paraíso por yugo y por deber! ¡Y quién sabe! ¡Tal vez muy pronto—no te ruborices. Rosa—ver sobre tu adorado seno un tierno y dulce ser y oírle tartamudear con sus labios de miel: «¡Mamá!»

ROSA *(Con adoración.)* ¡Y que te dirá papá, mi bien amado!

(Durante su éxtasis, en el fondo, al frente y por bajo del corte de la escalera, aparece la parte superior de un estandarte o pendón negro. Va subiendo lentamente. Se le ve por completo. En el centro hay una calavera y dos huesos en cruz, blancos, sobre el fondo negro. Va agrandándose, y se acerca. Don Sancho y doña Rosa se vuelven petrificados. El estandarte continúa subiendo. Se ve acercarse el capuchón del portaestandarte, y a derecha e izquierda los capuchones de los fieles penitentes blancos y negros.)

SANCH. ¡Cielos!

FIN


PM